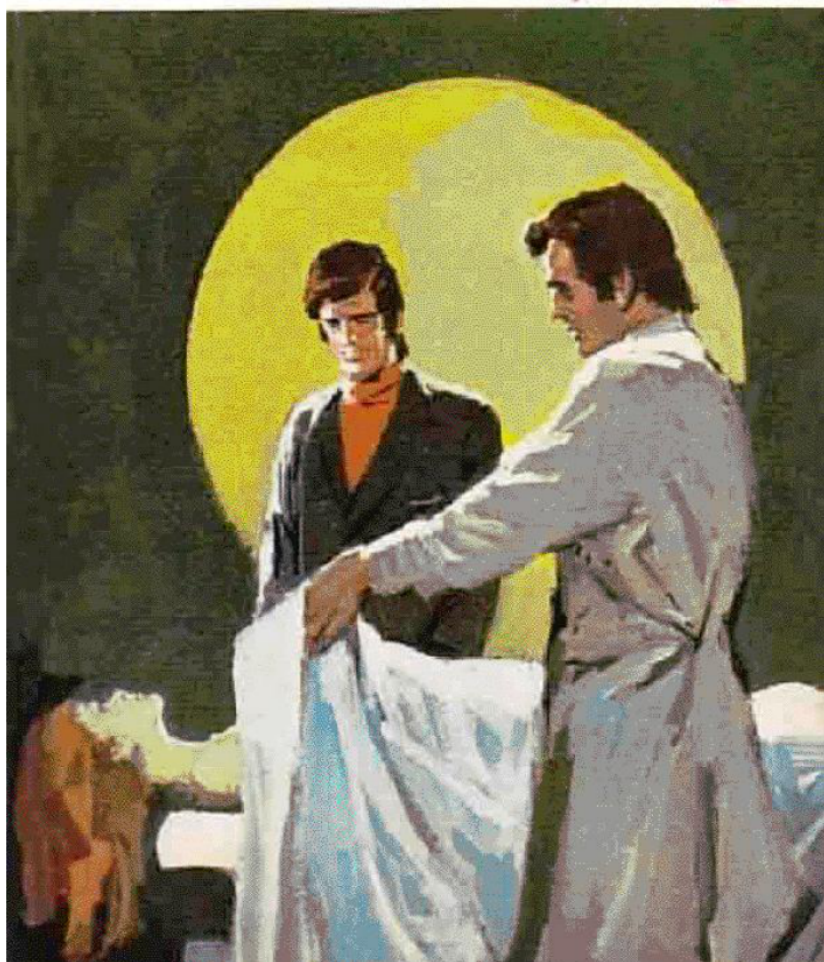


BOLSILLOS BRUJERA
PUNTO
ROJO

asesinato de una taquimeca

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

ASESINATO DE UNA TAQUIMECA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 686
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 16.058 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1975

© JOE MOGAR - 1975

texto

© DESILO - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.013 — Llamada a un pistolero.

En Colección BUFALO:

395 — Alias, Pistol Kendall.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.286 — El hilo de Ariadna.

En Colección CALIFORNIA:

878 — El jinete del Gran Cañón.

En Colección SALVAJE TEXAS:

912 — Sharon del rancho Barrera.

En Colección COLORADO:

858 — Tumbas en la cascada.

En Colección KANSAS:

799 — Carta a un pistolero.

En Colección BRAVO OESTE:

583 — Una forastera peligrosa.

En Colección PUNTO ROJO:

682 — Crimen en Lady's Manor.

En Colección ASES DEL OESTE:

672 — Una silla de montar.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

105 — Sorpresa en la noche.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

204 — La venganza de Larry Tempal.

CAPÍTULO PRIMERO

La primera vez que la vi fue en el juzgado de paz de Yonkers, a pocas millas de Nueva York y llevaba gafas puestas, una cola de caballo, peinado un poco antiguo, aunque también era posible que se hubiese peinado de aquel modo debido al endiablado calor que hacía aquel día.

No pude ver el color de sus ojos; también es verdad que en aquel momento yo no estaba ni mucho menos para aquellas minucias.

La segunda que me tropecé con ella, ya no tenía las gafas ni su peinado era el mismo.

Tampoco pude ver el color de sus ojos, y ahora sí que me fijé en aquello, ahora sí deseaba verlos, pero no pude porque los tenía cerrados.

Se había comportado bien conmigo en el juzgado; sus preguntas fueron sencillas en extremo, sin coacciones de ninguna clase, dando por sentado desde el primer instante que yo decía la verdad, como así era en realidad, pero ella no lo sabía, no podía saberlo en modo alguno, y como digo, me creyó, poco menos que a pies juntillas.

Por lo menos ésa fue la impresión que me dio.

Luego...

Divagaba, pero no tenía más remedio que hacerlo; que recordar hechos pasados, frente a la mujer que desde el otro lado de la mesa, sentada en uno de mis sillones, me observaba a su vez, con sus ojos grandes y rasgados fijos en mi rostro, luego de haber, asimismo, estudiado todo lo que había en el interior de mi despacho, con esa curiosidad tan femenina, con esa curiosidad potestativa de toda mujer cuando entra en cualquier lugar habitado por un hombre solo.

Luego vino su pregunta:

—¿Se acuerda de *miss* Mary Anne Perkins?

Arqueé una ceja.

No era aquélla la pregunta que necesariamente esperaba que me hiciera cualquier visita que se presentara allí, tal vez en busca de un perro, de un marido perdido, o de una problemática amante, para el susodicho marido, claro.

—No —fue lo que dije.

—Estaba empleada en el juzgado de Yonkers. En el juzgado de paz. Sé que usted habló con ella. Mary Anne era mi amiga. Amiga íntima, si me comprende. Ambas ocupábamos el mismo apartamento.

—¿Y bien?

No dejó de mirarme cuando respondió:

—Quiero que vuelva allí.

—Eso no me agrada.

—Lo comprendo, pero el juez... Bueno, ni el juez ni la policía local tiene nada contra usted. Su caso por agresión fue fallado ya, a su favor.

Al recordar entonces, pregunté:

—Esa Mary Anne, ¿llevaba gafas y un peinado de cola de caballo?

—Sí, así es. Veo que la recuerda, míster Merrill..., quizá porque casi nunca a no ser que hiciera calor, se peinaba de ese modo.

—O tal vez porque se comportó bien conmigo —repuse.

—Sí, tal vez.

—¿Y ahora...?

—Ya se lo dije; tengo el coche fuera, y quiero que me acompañe a Yonkers.

—¿Para qué?

Hubo una pausa que duró unos cuantos segundos en el transcurso de los cuales me puse en pie, rodeé la mesa y le ofrecí un cigarrillo que aceptó.

Los encendimos, y cuando la primera voluta de humo azul se elevó al espacio, la muchacha contestó:

—Venga, y se lo explicaré por el camino. En cuanto a sus honorarios...

Ella se interrumpió cuando hice un gesto con la mano, sin apartarme ahora de su lado, mirándola, estudiándola.

Era preciosa; unas palabras sencillas, que decían muy poco en apariencia, pero que encerraban todo un mundo de realidad.

Menudita, pelirroja y como ya había dicho, de ojos grandes y negros, expresivos, y que ahora, mientras hablaba, se mostraban graves. Llevaba una sencilla blusa sin mangas, mostrando al desnudo parte de sus firmes pechos, y minifalda. Sin medias y calzando zapatos de alto tacón.

Dientes blancos, pequeños e iguales, y boca de labios ligeramente gruesos, incitantes.

—Cuando deje de examinarme de ese modo, polizonte, espero que me conteste si va a venir conmigo o no.

No hablaba claro, no me decía ella en realidad lo que deseaba de mí. Ocultaba algo aquella petición, algo grave, y relacionado con aquella taquimecanógrafa del juzgado de paz de Yonkers.

La había conocido yo, esporádicamente, pero la había conocido.

La mujer, casi una chiquilla, que tenía frente a mí, lo sabía, porque Mary Anne se lo había contado. Eran amigas; algo muy sencillo en sí, y que también encerraba un mundo de posibilidades.

—Aún no me ha dicho cómo se llama usted —fue lo que dije, mientras que las ideas, los pensamientos continuaban batallando en mi mente.

—Ruth MacAllyson —dijo—. Pero prefiero que me llame Ruth. Todo el mundo lo hace... y eso de «*miss* MacAllyson» me resulta un tanto... un tanto desconocido, a pesar de que es mi propio apellido.

Forcé una sonrisa.

—De acuerdo, Ruth —contesté—. Iré con usted a Yonkers, pero si luego no me interesa lo que tiene que mostrarme, regresaré aquí.

¿Conforme?

Se puso en pie.

—Es correcto lo que me pide —me respondió, yendo ya hacia la puerta.

La seguí, luego de tomar mi sombrero del perchero, que me encasqueté, cerré con llave la puerta de mi despacho, y ambos, muy juntos, alcanzamos el ascensor, dándome cuenta ahora que se encontraba en pie a mi lado, que su cabeza, su bella cabeza de trazo netamente griego, me llegaba apenas al hombro, y de allí a la planta baja.

El coche era un «Mercedes» al que subimos, ella al volante.

—Llegaremos bastante tarde —dijo—, tanto que hasta mañana posiblemente no pueda mostrarle lo que en realidad deseo que vea.

—Hizo una pausa sin que yo la interrumpiera, y prosiguió—: Los gastos de su estancia en Yonkers, por supuesto, excepto pérdidas en el juego, correrán a mi cargo. Creo que eso es también ponerse en razón.

—Soy bastante caro, Ruth —dije—. ¿Lo ha pensado usted?

—Sé que es usted caro... y también el mejor.

Tenía mis dudas sobre aquella última afirmación, pero decidí no desengañarla por lo que guardé silencio.

Fue un silencio largo, pesado, que llegó casi a lo inconmensurable, hasta que decidí cortarlo cuando ya las ruedas del «Mercedes» empezaban a pisar la cinta de la carretera estatal, en su camino directo hacia Yonkers.

—¿Por qué no es una buena muchacha y me cuenta parte de esa historia? —pregunté.

Continuó ella con los ojos fijos en la carretera, conduciendo con sin igual maestría, al responder:

—Creo preferible que lo vea usted con sus propios ojos. —Hizo una pausa, pausa que me dio la impresión de que estaba dudando entre continuar hablando o no hacerlo, entre decirme o no algo, hasta que por fin lo hizo—. Pienso que puede pasar esta noche en mi casa, en la habitación de Mary Anne. Ella no vendrá.

—¿Dónde ha ido?

No me contestó.

Imperturbable ahora, fría, ésa fue la sensación que experimenté entonces, lejana también, Ruth siguió con el volante, apretando tal vez de modo inconsciente el acelerador, haciendo ya volar el coche sobre el asfalto.

—Se nos va a echar la policía de tráfico encima si continúa conduciendo de este modo —aventuré.

Ruth siguió callada, con un frunce ahora en su tersa y juvenil frente.

Me recliné entonces contra el respaldo del asiento y cerré los ojos, sabiendo ya que hiciera lo que hiciese y dijera lo que fuese, ella, Ruth, ya no diría nada más.

Supongo que me dormí, o simplemente me amodorré; sea lo que fuere, su voz llegó hasta mí como si procediera de muy lejos, cuando dijo, en tono risueño:

—Hemos llegado míster Merrill.

Los abrí, y miré por la ventanilla.

Blue Bar, fue lo primero que mis ojos distinguieron, en la fachada de la casa que tenía frente a mí, sobre la puerta encristalada y opaca, en un letrero luminoso de cambiantes colores.

—Me apetece una copa —siguió ella, antes de que pudiera yo pronunciar palabra alguna—. ¿A usted no?

Me encogí de hombros.

—Sí, por qué no. Y un bocadillo.

—Es exactamente lo que estaba pensando en este momento. ¿Vamos?

Abrió la portezuela; salió primero y la seguí, ahora hacia el interior del bar.

Como todos, con luces de color rojo y azul en el techo, sobre la barra del mostrador, sumiendo el local en algo acogedor, en algo envuelto en suave penumbra.

Había parejas en la barra y en las mesas.

Las conversaciones eran un leve susurro, como el de una colmena, que ahogan los chasquidos de algún que otro beso dado y recibido en las sombras.

—¿Prefije la barra o una de las mesas? —pregunté.

—Nos sentaremos un poco... y luego, si le parece nos iremos a dormir... o en busca de una habitación para usted en el hotel, si prefiere esto último.

No me digné contestar a sus palabras; aún no sabía, no estaba decidido a nada en concreto.

Nos sentamos en la mesa; una mesera, con *pantys* negros y calados nos sirvió un par de latas de cerveza y sendos bocadillos de queso, y empezamos a devorarlos en silencio.

Casi terminábamos cuando entró la policía.

De uniforme ambos, pues eran dos; uno que quedó en la puerta, como para impedir la salida de cualquiera o como para vigilar desde allí la actuación del otro, o para tratar de impedir cualquier clase de agresión a su compañero si es que efectivamente la agresión se producía.

Desde la mesa le vi cómo miraba a su alrededor y cómo también luego se acercaba a nosotros.

—Hola, Ruth —dijo apenas si estuvo a nuestro lado, inclinándose sobre ella para besar sus mejillas, beso que se hizo

extensivo a sus labios.

—Hola, Ted; confieso que no te esperaba por aquí, por lo menos esta noche.

Ted Kane, sargento de Departamento de Homicidios, jefe asimismo de la policía local de Yonkers, parecía no escucharla, pues toda su atención estaba ahora fija en mí.

—Buenas noches, Merrill —saludó—. Volvemos a vernos. ¿Dispuesto a un nuevo altercado?

—Si mal no recuerdo, sargento, el juez falló el caso a favor mío. Se echó a reír y me tendió la mano.

—Usted gana, polizone —dijo.

Se la estreché del mismo modo, pero sin responder a aquello.

CAPÍTULO II

Medió Ruth ahora, tan pronto como vio que nuestras manos se separaban.

—Fui a Nueva York, Ted, y me lo traje conmigo.

Quizá fue ilusión de mis sentidos pero cuando el sargento Kane se volvió a mirarla, tenía un frunce en el ceño, que se deshizo en un quinto de segundo.

Algo tan fugaz que me dejó en la duda de si era cierto que le vi o no fruncir el ceño.

—¿Para qué?

Le mostró Ruth sus blancos dientes en una sonrisa.

—¡Oh, Ted! —exclamó—. Míster Merrill es amigo mío, Nos tropezamos y le invité a venir.

No contestó Kane a aquello, pero se volvió a mirarme.

—Cuídela, sabueso, mientras esté en mi distrito —dijo—, o nos veremos las caras usted y yo.

Dio media vuelta y se alejó por entre las mesas, sin esperar respuesta, sin volver ni una sola vez la cabeza, hizo en la puerta una seña al número que iba con él y ambos abandonaron el bar.

Unos segundos después, Ruth y yo oíamos el zumbido del motor del coche que se los llevaba, y nos miramos en silencio, que cortó ella.

—Creo que Ted se ha enamorado de mí —comentó, para preguntarme en brusca transición—: ¿Dónde piensa, pues, pasar la noche, en mi apartamento o buscamos un hotel para usted?

—Iré a su casa, Ruth —respondí—, y de paso daré un vistazo a la habitación de Mary Anne.

Terminó con el bocadillo y con la lata de cerveza, cuando yo ya casi había consumido el cigarrillo que precedió al mío, y se puso en pie, preguntando:

—¿Nos vamos?

Dejé unas monedas sobre la mesa, junto a mi vaso, hice una seña a la mesera que no nos quitaba la vista de encima y respondí:

—Sí, claro.

Fuimos hasta la calle, el uno detrás del otro, y Ruth empuñó el volante y me condujo hasta su casa, hasta su apartamento.

Ya en el *living*, me indicó uno de los sillones, diciendo:

—Si quiere una copa se la puedo servir ahora; si desea irse a dormir, puedo prepararle la cama. Yo... confieso que estoy un poco cansada.

—Iré a dormir.

Me enseñó el apartamento.

El *living*, cuarto de aseo, y tres habitaciones.

—Aquella es la mía —me la indicó, señalándola con el brazo extendido, pero sin acercarse para abrir la puerta y mostrármela—. Y aquella otra la de Mary Anne...

Venga, se la enseñaré.

Pasó por delante de mí, casi rozándome, y abrió la puerta.

Había varias prendas íntimas sobre la cama que se apresuró a recoger Ruth, y mientras las guardaba en el armario, sin mirarme, inquirió:

—¿Qué le parece todo esto?

—La habitación no está mal —contesté—, pero para lo otro aún no puedo darle una opinión detallada. Quizá mañana... Y a propósito de mañana, ¿quiere decirme de una vez dónde se encuentra Mary Anne en este momento, y dónde y con quién va a pasar la noche? ¿Es por esto por lo que me ha llamado, por lo que me ha traído hasta aquí?

—Buenas noches, míster Merrill —replicó ella—. Espero que mañana me diga si encontró aquí algo interesante. Ropas y cosas íntimas de Mary Anne las encontrará en esos cajones y en el armario.

Dio media vuelta, se acercó a la puerta, puso la mano sobre el marco, se detuvo vacilando, y al fin se volvió a mirarme.

—¿Sí? —inquirí.

—Mary Anne ya no ocupará más esta habitación, ¿sabe? La mataron anoche. Su cuerpo se encuentra en la Morgue. Creí que le interesaría... y por eso fui a Nueva York a buscarla. Sé que a usted le era simpática ella.

No dije nada en unos segundos.

—¿Cómo fue? —preguntó luego.

—De tres tiros por la espalda, y los tres mortales de necesidad.

—¿Dónde la encontraron, Ruth?

—En las cercanías de un motel, en las afueras de la ciudad, pero en sentido contrario al que nosotros hemos traído para venir aquí. Un patrullero la descubrió por casualidad y... y... Bueno, nadie parece aquí saber nada. Ni la policía ni el juzgado de paz donde trabajaba.

—Puede ser secreto de sumario, ¿no?

—Sí, puede serlo, pero no lo creo yo así.

—¿Por qué?

Encogió levemente los hombros.

—La verdad es que no sé cómo se me ocurrió esa idea. No tengo motivo alguno para sospechar tal cosa, pero estoy casi segura de que no es eso; de que no es ése el motivo que les obliga a callar.

—Entonces, según usted, Ruth, ¿cuál puede ser el motivo?

Volvió a encogerse levemente de hombros y contestó:

—No lo sé, míster Merrill —soltó el marco de la puerta, me dio la espalda y añadió—. Buenas noches.

No respondí.

Cerró Ruth la puerta a su espalda y apenas quedé solo lancé una fugaz mirada a mi alrededor, y luego, sistemáticamente, lo registré todo, palmo a palmo, pulgada a pulgada, sin encontrar nada acusador.

Más tarde, preguntándome por qué la policía no había precintado aquella habitación, me desnudé y me metí en la cama.

No pude dormir apenas. El cadáver de aquella muchacha que tan bien me atendiera en el juzgado se me aparecía delante de los ojos apenas si los cerraba, y cuando los abría, era mi mente la que se negaba a admitir el hecho ya consumado de su asesinato. ¿Por qué?

Era una pregunta que, por el momento, al parecer, no tenía respuesta para mí ni para la policía.

Ni quizá para el magistrado del juzgado de paz de Yonkers en cuya ciudad me encontraba en aquel momento.

Crucé la acera, abrí de un leve empujón la puertecilla de madera que me cerraba el paso al jardín que rodeaba la casa, anduve luego

por el enarenado camino, rodeado de plantas, entre ellas varios rosales, algún que otro árbol, subí más tarde los tres escalones de acceso al porche y sin una sola vacilación hundí el dedo pulgar en el botón del zumbador.

Y cuando me abrió, me di cuenta de que ella se disponía a salir.

—¿Sí?

Pero me había reconocida.

Ante mí, la mesera del Blue Bar que la noche antes nos sirviera el bocadillo y la cerveza a Ruth y a mí, con el bolso colgado en banderola, con blusa, medias color carne, de nylon, minifalda y zapato de tacón grueso pero alto, me contemplaba entre curiosa y sorprendida, con sus grandes y rasgados ojos pardos.

—Tengo que salir —dijo sin preámbulo alguno—, y llevo el tiempo justo.

—¿Al Blue Bar? —inquirí.

—Sí, así es.

—Puedo acompañarla.

No dudó ella en darme la respuesta.

—Es preferible que vaya sola, pero si lo que desea es interrogarme sobre Mary Anne, venga a verme luego, por la noche.

—¿A qué hora?

—Le estaré esperando sobre las dos de la mañana, y si viene usted antes, encontrará la llave bajo el felpudo que hay a nuestros pies. Y ahora, por favor, míster Merrill, márchese.

Esperaba que a continuación saliera, cerrara la puerta y se fuera dejándome allí, en la puerta, pero hizo todo lo contrario, retrocedió un paso, entró en la vivienda y cerró, sí, pero quedándose dentro.

No vacilé, a mi vez di media vuelta y a paso lento me alejaba de allí, procurando mirar a mi alrededor, detrás mío, pero no pude darme cuenta de si era o no seguido.

El coche de la policía apareció ante mi vista poco después, pero llegué antes adonde me proponía, que él a mi lado, llamé con los nudillos, por lo que el patrullero continuó calle abajo, tomó la siguiente bocacalle sobre dos ruedas, con un impresionante aullido de cubiertas rozando violentamente contra el asfalto, y la puerta se abrió frente a mí.

Vestía el juez Owen una simple bata de casa, bajo la cual había un pijama a rayas y unas zapatillas.

Me sonrió.

—Usted es Dick Merrill, ¿verdad? Sí, claro, le recuerdo perfectamente. —Se apartó un poco de la puerta y añadió—: Pase, y perdone que le reciba de este modo, pero recién ahora acabo de levantarme.

Le seguí diciendo unas vacuas palabras que ahora no recuerdo, y nos enfrentamos una vez en el *living*.

—¿Quiere tomar algo? —invitó—. Una taza de café.

—De acuerdo —respondí—. Sea el café. Y a propósito, ¿qué tratamiento debo darle?

Mi pregunta le hizo gracia y le vi sonreír otra vez.

—Simplemente de usted, Merrill —respondió—. De usted. Nada de señoría. Me suena... me suena, ¿cómo le diría a usted?

—¿Vacuo?

—Sí, algo así —preparó el café mientras continuaba hablando el digno magistrado—: Usted ha vuelto a Yonkers por causa de Mary Aimé, ¿verdad?

—Sí, así es.

Se sentó ofreciéndome de paso una de las tazas.

—Sírvase usted mismo el azúcar —dijo—. ¿Sabe que el informe de Mary Anne fue el que influyó en parte a que yo emitiera el fallo a su favor?

—Un fallo que fue justo.

—Naturalmente, o el fallo le hubiese sido adverso, Merrill. No me gustan los altercados ni las agresiones en mi demarcación, pero usted actuó en defensa propia, lo que se probó a su debido tiempo. —Y preguntó, en brusca transición—: ¿Qué desea saber de Mary Anne, no siendo secreto del sumario?

—No voy a pedirle nada de eso, juez, y usted lo sabe.

Sonrió una vez más, pero no dijo nada; esperaba, por lo que proseguí:

—¿Qué amistades tenía? Me refiero a mujeres y hombres en general, descartando a *miss* Ruth MacAllyson.

—Kane, el sargento de policía, intimaba con ella, quizá porque también era amigo de Ruth. En cuanto a lo demás, no soy yo quien pueda decirle nada de particular.

—Pero sí podrá decirme qué locales en Yonkers frecuentaba.

Frunció el ceño.

—Tal vez, Merrill —contestó—. Kane pueda informarle mejor que yo. Solo... sólo puedo decirle que de vez en cuando frecuentaba con Ruth ese bar, el Blue.

—¿Nada más, míster Owen?

—Nada más sobre esa desgraciada muchacha. Trabajaba como taquimecanógrafa del juzgado, y para mí, eso era todo. Sus intimidades fuera de su trabajo las desconozco, y créame que lo siento, Merrill. No porque escapen a mis obligaciones, sino sencillamente por lo que ya le he dicho. Quisiera que usted u otro cualquiera me trajera a ese asesino. Quisiera oír también luego, lo que tuviese que alegar en su descargo antes de ordenar yo su traslado a una prisión federal para que luego fuese juzgado por un tribunal competente. ¿Algo más?

Había terminado con su taza de café por lo que me apresuré con la mía, vaciándola de un sorbo.

CAPÍTULO III

Me puse en pie entonces.

—Nada más —respondí—, y gracias.

Me acompañó a la puerta donde nos estrechamos las manos mientras decía:

—Venga cuando guste por aquí... si desea tenerme al corriente de todo cuanto ocurre en Yonkers con respecto a este asesinato. Y sepa que no es una orden, Merrill, sino un ruego.

—Lo haré, juez, téngalo por seguro.

Empecé a alejarme de la puerta, por la acera, hacia la esquina, sabiendo ya que el patrullero estaba en la acera opuesta, junto al bordillo, y que en aquel momento estaba poniendo el motor en marcha.

No apresuré el paso.

El coche policíaco tenía el motor en sentido contrario al lugar hacia donde me dirigía, pude despistarlo en la otra esquina, mientras daba la vuelta, pero no lo hice.

Sencillamente, andando, sin detenerme, sin volver la cabeza y eso que le oí llegar, esperé.

—Vamos, Merrill —oí la voz y el suave runruneo del motor a mi lado—. No se haga el tonto, que sabemos que nos ha visto.

Me detuve y me volví.

El patrullero se había detenido junto al bordillo de la acera, y sus ocupantes eran dos.

—¿Sube?

—¿Para ir dónde?

—Al precinto —respondió el mismo que hablara antes—. El sargento Kane desea verle.

Estaba abriendo ya la portezuela por lo que subí al coche que arrancó despegándose del bordillo, casi de inmediato.

El recorrido no fue muy largo.

Apenas cuatro o cinco minutos, y luego nos detuvimos.

—Pase por esa puerta, Merrill —me indicó el agente pero sin moverse del interior del coche—. Cualquiera Le indicará cuál es el despacho del jefe.

Descendí del automóvil, me hicieron un gesto con la mano en señal de despedida y se alejaron de allí, dejándome solo sobre la acera.

Me acerqué entonces al uniformado policía que había en la puerta y pregunté, dando por supuesto mi nombre antes de hacerlo:

—Me llamo Merrill, y el sargento Kane me espera. ¿Cuál es su despacho?

—Entre, tome ese pasillo que desde aquí se ve, luego tuerza a la derecha y le encontrará en la segunda habitación. Ya verá el letrado en la puerta.

Lo hice así.

Llamé luego con los nudillos y oí su voz desde el otro lado de la madera de la puerta.

—Pase, está abierto.

La empujé y crucé el umbral cerrando a mi espalda mientras me indicaba uno de los sillones donde me senté, en espera de que dijera algo más.

Y lo hizo, con una pregunta completamente inesperada para mí.

—Quisiera preguntarle qué hay entre Ruth MacAllyson y usted —dijo—, si es que quiere contestarme a esa pregunta.

Respondí con otra:

—¿Para eso me ha traído aquí, Kane?

—No. Hay, efectivamente, algo más, pero antes desearía que respondiera a mi anterior pregunta. Sé que pasó la noche en su casa.

Forcé una sonrisa.

—Efectivamente, pero en distintas habitaciones. Dormí en la que en vida perteneció a Mary Anne.

Siguió un silencio que fue tan corto como pesado, entre los dos.

—Dígame, Merrill, ¿fue Ruth, como dijo, quien le contrató para venir a Yonkers?

—Sí, así fue. Pero no me dijo claramente de qué se trataba hasta que no estuve aquí.

—Sí, eso es muy propio de ella. ¿Y cuánto va a cobrarle a la

pequeña Ruth? Tengo entendido que usted es uno de los detectives privados más caros de Nueva York.

—Sí, es cierto —respondí, sin jactancia alguna—, pero en este caso, sargento, no voy a cobrar ni un solo centavo por mi actuación.

—¿Ah, no? ¿Y puedo saber por qué?

—Pongamos que en una ocasión ella me hizo un favor, sargento.

—Sí, visto de ese modo, sí, así es.

—¿Algo más? —inquirí, al ver que se detenía, que no continuaba exponiendo su idea o el motivo por el que me había conducido hasta allí.

—Muy poco ya, Merrill —contestó—. Tan poco que no sé si merece la pena mencionarlo. ¿Qué ha descubierto usted?

—Nada, por el momento. —Y no mentía al afirmarlo—. Me faltan datos, incluso para tener la más ligera idea de lo ocurrido. Tal vez, si quiere, pueda usted ayudarme.

—¿Como por ejemplo?

—¿Qué amigos tenía Mary Anne?

—¿Se refiere a algo en concreto?

—Un amante posible, un prometido, un amigo íntimo pero no hasta el punto de ser amante... En fin, ya me entiende.

—Amigas, varias. Ruth entre ellas, y Sheila Fenton.

—¿Quién es Sheila Fenton?

—Una de las meseras del Blue Bar... La que les sirvió anoche. ¿La recuerda?

—Sí, creo que sí —dije, evasivo—. ¿Algún hombre?

—Alf Richarson —respondió el policía—. Pero ya le interrogamos.

—¿Quién es Richarson?

—Él hombre que salía casi siempre con Mary Anne. Su prometido, según se rumorea en Yonkers, aunque el muchacho lo niega.

—¿Sospechoso?

—Él principal para nosotros, Merrill, pero tiene una coartada perfecta.

—¿Qué clase de coartada?

—Perdone, pero no estoy autorizado a entrar en pormenores en este caso. Si Richarson quiere hablarle de esto es cosa suya y no mía. ¿Algo más?

—Sí —respondí—. Hábleme de Sheila Fenton.

—Es una gran muchacha. Una gran muchacha —repitió—, que no está en su ambiente.

—¿Cuál es su ambiente, entonces?

—Tal vez un hogar, una familia, y una vida un poco más tranquila y decente de la que puede presentársele en una población como ésta... o si lo prefiere, haciendo de mesera en un bar como el Blue. Tal vez su ambiente sea, asimismo, otro, incluso desconocido para mí. ¿La ha interrogado ya, Merrill?

—No —repliqué—. Aún no. ¿Y usted?

Se encogió de hombros y respondió:

—¿Para qué? Sheila, cuando mataron a Mary Anne, se encontraba en el bar, sentada con un cliente, bebiendo con él un *whisky*.

—No sabía que alternara con los clientes.

—No suele hacerlo, pero aquella noche el viejo Pool Meredith se lo pidió.

—¿El dueño del bar?

—Sí, así es —me respondió el sargento.

Me puse en pie, pero él no se movió del sillón que ocupaba tras la mesa de su despacho.

—¿Ya se marcha? —preguntó.

—Sí, claro, y gracias por todo.

—No me las dé.

—¿No? ¿Por qué?

—Escuche, Merrill. —Y su voz se había alterado un poco, muy poco, pero sí lo suficiente para que yo lo notara—. Se trata de Ruth. Conozco a Ruth desde que era una mocosa tan grande que pasaba con holgura bajo esta mesa.

—¿Y...?

—Escuche, si le ocurre algo a Ruth por su causa, me quitaré la placa, me vestiré de paisano e iré a buscarle. Y le mataré, Merrill. Tenga por seguro que lo haré. Y cuando lo haga, la policía no tendrá que buscarme mucho, pues me presentaré en el precinto más cercano para dar cuenta de mis actos.

Fui a la puerta sin responder; pero lo hice, ya con el tirador en la mano, abriéndola.

—Debe usted amarla mucho, sargento, para decir a un extraño

una cosa como ésa.

A mi espalda, Kane masculló algo entre dientes que no entendí, y salí a la calle, consultando mi reloj de pulsera.

Pensaba, en Richarson, pensaba en que no había querido preguntarle al sargento dónde vivía el prometido de Mary Anne, caso de que fueran ciertos los rumores que circulaban por Yonkers, y entonces recordé a Ruth, y busqué una cabina telefónica.

Disqué.

Unos segundos más tarde oía su voz por el micro-auricular.

—¿Sí? Dígame...

—Soy Dick Merrill, Ruth —respondí.

—Hola, Dick. ¿Algo nuevo?

—Verá —dije—. Quiero que me diga dónde vive un tal Richarson. Era al parecer muy amigo de...

—Pero él no la mató. Olvídense de ese hombre, Merrill, o fracasará. —¿Cómo está tan segura de que no fue él?

—Le conozco bien. Richarson es incapaz incluso de matar a una mosca. No obstante, si quiere convencerse usted mismo, le daré su domicilio.

Lo hizo rápidamente, y luego, ante mi sorpresa, cortó la comunicación sin esperar a más, y entonces lo hice a mi vez, no deseando llamarla tampoco de nuevo.

Abandoné la cabina y caminé hacia donde Ruth me había dicho, con el vago presentimiento de que antes de que llegara a aquella casa, ella ya se habría puesto en contacto con él, usando, seguramente, el teléfono.

Pasé frente a la puerta del Blue, lancé una mirada fugaz a su interior, en penumbra como siempre, y continué mi camino tratando ahora de descubrir si Kane había puesto tras de mis talones a alguno de sus sabuesos, exactamente como hizo la noche anterior, apenas si se tropezó con Ruth y conmigo en el bar, pero no pude descubrirlo.

No lo encontré; nadie respondió a mi llamada cuando pulsé varias veces el zumbador de la puerta, con lo que mis sospechas de que Ruth le había avisado de mi deseo, se acrecentaron.

No lo comprendía, pero indudablemente era así.

¿Alguien más en la vida de Mary Anne?

Podía ser, pero si lo era, nadie lo decía, ni el juez Owen, ni la

policía, y mucho menos Ruth.

Pensé en Sheila cuando encaminé mis pasos hacia el Blue.

Entré un poco más tarde yendo directamente a la barra, luego de lanzar una mirada circular en torno al casi desierto local.

Había tres parejas, dos sentadas en la barra, y otra en una de las mesas, en la semioscuridad, estrechamente abrazada esta última, pero no vi a Sheila, y de nuevo me di cuenta de que una mentira más había hecho acto de presencia en mi camino, a las pocas horas de estar en Yonkers.

Sheila no me había podido recibir en su casa, casi me dio en la cara diciendo que tenía prisa, que iba a incorporarse a su trabajo, y sin embargo, no estaba en el bar.

Tomé uno de los taburetes, me senté y miré al barman que, a su vez, me miraba desde el otro lado del mostrador.

—Póngame un *whisky*, por favor —pedí antes de que lograra pronunciar una sola palabra.

Me lo sirvió y apenas depositar el alto vaso frente a mí, pregunté:

—¿Ha visto a Sheila?

Hizo una mueca, dudó unos segundos, y finalmente sonrió.

—Aún no ha venido, Merrill —respondió, dejando bien sentado que conocía perfectamente mi nombre, y quizá también mis actividades como privado.

—¿Sabe si vendrá?

—Sí, es posible, pero a esta hora, con ella no es nunca seguro.

No respondí de momento; pensaba, ahora, en la conversación sostenida con el sargento Kane, de resultados de lo cual indagué:

—¿Se encuentra aquí míster Meredith?

—Posiblemente arriba. —Miró a su alrededor, sonrió por segunda vez, y añadió:

—Hay poca clientela, Merrill, por lo tanto, si lo desea, le avisaré que usted quiere verle.

Extrañado de aquellas facilidades que no esperaba respondí:

—Estaré en la barra. Vaya, si quiere, por favor.

No respondió, dio media vuelta, empujó la pequeña puertecilla que había tras el mostrador y que posiblemente daba a la trastienda o en su defecto directamente con el domicilio particular de Meredith, y desapareció de mi vista.

La pareja de la mesa del rincón continuaba abrazada en la semioscuridad. Las dos que había en la barra dejaban ahora sobre el mostrador el importe de sus consumiciones y caminaban, ellos llevando a ellas de la cintura, hacia la puerta de acceso a la calle, y pensé, sin saber por qué, que esta vida se estaba convirtiendo en un asco.

Me abstraí en la contemplación del vaso de *whisky* del cual apenas si había tomado un sorbo, meditaciones que cortó la pregunta del propio Meredith:

—Usted es Merrill, ¿verdad?

Levanté mis ojos y le miré.

Alto y fuerte, con nieve en las sienes, cuya edad oscilaría entre los cincuenta a los cincuenta y cinco años. Ojos grises, como los míos, y una sonrisa de suficiencia en su boca de labios un tanto gruesos, que me crispó, aunque supe disimularlo bastante bien.

—Efectivamente —dije—, soy Merrill.

Hubo unos segundos de silencio que el otro cortó:

—¿Y vino a Yonkers a hacer preguntas?

—Algunas, sí —forcé una sonrisa—, pero si tiene algo que ocultar, tomaré mi *whisky* y...

Me interrumpió con un gesto de su mano.

—¿Qué le parece si nos sentamos en una de esas mesas?

Tomé el vaso sin responder, volví la espalda al mostrador y me senté. A mi derecha quedaba la pareja que no cambiaba de postura, y cuyos rostros no veía, no se podían ver.

Detrás mío oí los pasos de Meredith, que se detuvo también al lado de la mesa, tomó una de las sillas y se sentó.

—Bien, Merrill —empezó sin preámbulo alguno—, ¿qué es lo que quiere saber?

—¿Conocía usted a Mary Anne, esa muchacha que trabaja en el juzgado de paz?

—Sé quién era Mary Anne. Venía aquí algunas veces.

—¿Acompañada?

—Algunas veces también —repitió—, pero no todas.

—¿Con quién?

Dudó ahora unos segundos antes de dar la respuesta; una respuesta que dicho sea de paso ya esperaba.

—Con un tipo llamado Richarson. Les vi en una de esas mesas,

bastante acaramelados, y no una sola, sino varias veces.

—¿Amantes...?

—Eso es algo que tendrá que preguntarle a Richarson. Para mí, como para casi todos los habitantes de Yonkers, sólo eran amigos, o en todo caso prometidos.

—¿Sabe dónde se encontraba Richarson cuando mataron a Mary Anne?

—No. Pero supongo que el sargento Kane, sí debe saberlo o le hubiera detenido ya.

Ellos tuvieron una pelea pocos días antes de que la muchacha fuera asesinada.

Aquello era nuevo para mí, por lo que pregunté:

—¿Se refiere a Mary Anne y a Richarson?

—Sí, así es.

—¿Sabe por qué pelearon; por qué discutieron ambos?

—No; no estaba presente, pero Yonkers es una ciudad pequeña y aquí todo se sabe más tarde o más temprano. Y también, quizá, esos rumores sean falsos.

—Esa mesera, Sheila —pregunté dando ahora un nuevo giro a la conversación—, ¿sabe dónde puedo encontrarla?

—Ya debería estar aquí —me respondió—, lo que me hace pensar que cualquier imprevisto la ha obligado a retrasarse. Sheila es la puntualidad en persona respecto a su trabajo. ¿Algo más, Merrill?

Volví la cara hacia la puerta, antes de responder, dudando entre formularle una nueva pregunta o no hacerlo, y entonces la vi. Entrando en el bar, y llevando la misma ropa con que la conociera en Nueva York, apenas si hacía unas horas.

Meredith también tuvo que verla, pues cuando me volví a mirarle estaba en pie, sonriendo obsequioso.

—No, gracias —dije.

Se alejó, sin perder la sonrisa, y ella se sentó a mi lado, en la misma silla que segundos antes ocupara Meredith, y al mirarla supe qué iba a ocurrir.

CAPÍTULO IV

Me sonreía sin pronunciar palabra, se estaba inclinando sobre mí, tuve la mirada de sus ojos delante de los míos y noté la presión cálida de su mano sobre la mía, y la no menos cálida presión de sus labios contra los míos y la besé.

Nos separamos unos segundos más tarde y continuamos mirándonos en silencio hasta que de nuevo se inclinó sobre mí, y entonces el beso fue más largo, mucho más largo que el anterior, entre los dos.

Fue Ruth la que rompió el silencio casi al instante de separarnos de nuevo.

—No deberías acariciarme de ese modo, Dick —dijo.

—Quisiera acariciarte más —respondí.

—Sí, lo sé, pero eso no está bien.

—También lo sé, pero eso es lo único que deseo.

—Yo también, y trato de evitarlo. ¿Me invitas a un *whisky*?

Hice una seña justo en el momento en que Sheila aparecía en la puerta, caminando hacia la barra como si estuviera desnuda.

Encaminándose directamente hacia la barra nos saludó con una sonrisa y la vimos entrar seguidamente en la trastienda, y el barman, abandonando su puesto en el mostrador, se nos acercaba.

—¿Qué le sirvo, *miss* MacAllyson?

—Un *whisky*.

Se alejó, y entonces ella dijo lo que necesariamente quería decir.

—Es muy hermosa, ¿verdad?

—¿Te refieres a Sheila?

—Sí.

—Lo es, y una buena muchacha, según dicen todos por aquí —hice una pausa, notando que sus ojos me asaetaban, y pregunté—: ¿Era necesario que le avisaras a Richardson de mi presencia en Yonkers, Ruth?

Abrió mucho los ojos, y de pronto estalló en una carcajada.

—Sólo le dije que ibas a verle. Que deseabas hablar con él respecto a Mary Anne... y me dijo que te esperaría. ¿Es que no fue así?

—No estaba en su casa cuando yo llegué allí —respondí, cortando la conversación al ver que ahora, con los mismos *pantys* negros y calados de la noche anterior, Sheila se nos acercaba llevando en la mano la bandeja y el vaso de *whisky* que pidiera Ruth.

—Hola, Ruth —dijo, mientras me sonreía—. No te esperaba tan pronto hoy por el Blue.

—Tenía una cita con míster Merrill —dijo ella, lo que no era verdad, mientras Sheila se inclinaba sobre la mesa para soltar el vaso.

—¿Quieres algo más?

—No, nada —hizo una pausa y preguntó—: ¿Cuándo me harás una visita?

Sheila le dedicó una sonrisa.

—Tal vez uno de estos días..., si puedo.

Hizo ademán de marcharse y Ruth, quizá interpretando mis pensamientos, preguntó:

—¿Dónde te metiste? Según creo, te has retrasado.

No perdió la sonrisa Sheila cuando respondió:

—Trocé con un amigo y perdí la noción del tiempo, lo que me ha valido una reprimenda del jefe. Pero en fin, es algo que ya pasó.

Se marchó ahora, sin esperar contestación, y pregunté tan pronto como vi los negros ojos de Ruth fijos en los míos:

—¿De qué estábamos hablando cuando nos interrumpieron?

—De Richarson, el amigo de Mary Anne —respondió prontamente ella—. Decías tú que no debí avisarle...

—Sí, así es —dije interrumpiéndola, segundos que aprovechó para llevarse el vaso a los labios—. Y dime, ¿de qué se esconde ese tipo?

—¿Escondese...? ¿Y Richarson? Vamos, Dick, estás bromeando, ¿no?

—En ese caso, si no es así, dime tú por qué no estaba en su casa, sabiendo que yo iba a verle, y según te dijo a ti que me esperaría.

—Tal vez tuvo una cita; cualquier llamada telefónica que le

obligó a abandonar su casa.

—Sí, es posible... La verdad es —proseguí tras una ligera pausa— que me gustaría hablar con él.

—¿Por qué ese empeño?

—Entre otras cosas, porque deseo que me diga dónde se encontraba el día y hora en que mataron a tu amiga.

El ceño de ella se frunció un poco.

—Dice la policía que tiene una coartada perfecta.

—¿Qué clase de coartada, pequeña? —inquirí—. ¿La sabes tú?

—No, pero lo supongo.

—¿Y es...? ¿Una mujer?

—No está en mi mano decir nada; sólo son sospechas. Trata de encontrarle y si él quiere, que te lo diga. El juez Owen... Bueno, también conoce a Richarson y estoy seguro de que él tampoco te diría nada. Secretos del sumario, ¿sabes?

Asentí en silencio con un leve movimiento de cabeza, tomé el vaso, apuré el licor y me puse en pie, pero no se movió Ruth de la silla.

—¿No vienes conmigo? —pregunté.

—No, nada de eso. Voy a tratar de quedarme aquí un poco más. No hay casi clientela... —miró la pareja que continuaba arrullándose y añadió—: Tal vez Sheila tenga necesidad de hablar con alguien, ahora que casi no tiene trabajo. Esos dos, con ellos mismos ya tienen más que suficiente.

No respondí, hice un saludo con la mano y salí a la calle, notando fijos en mi espalda los ojos de Ruth y tal vez los de la propia Sheila, cuya cita para aquella noche no había olvidado.

Pisé la acera poco después, di un par de pasos hacia no sabía dónde, y el sonido de un claxon, a mi derecha, me sobresaltó.

El coche estaba allí cuando volví la cabeza para mirar, pegado materialmente al bordillo, con un hombre frente al volante.

Un hombre de unos cuarenta años, de ojos pardos, muy oscuros, casi negros, nariz aguileña y el mentón: cuadrado, dando la impresión de que su rostro era el de un halcón del desierto.

—Merrill, ¿verdad? —preguntó con la cabeza casi fuera de la ventanilla.

Me acerqué al automóvil.

—Sí, así es —dije.

No hubo una sonrisa en su boca de labios finos y crueles al responder:

—Suba, me gustaría hablar un rato con usted, mientras damos un paseo..., si le parece. Si no, podemos entrar en cualquier bar.

Tenía abierta la portezuela cuando terminó de hablar, y sin una sola vacilación, penetré en el coche.

—¿Hemos sido presentados? —inquirí, sentándome en el asiento contiguo al suyo.

Tampoco sonrió.

—No, no lo creo —replicó—, pero lo haré yo mismo, si no le importa. Me llamo Fred Warren, y soy el alcalde de Yonkers —puso el coche en marcha con una pregunta—: ¿Sorprendido?

—Confieso que un poco —repliqué, cuando ya el «Pontiac» se estaba despegando de la acera—. ¿Qué desea de mí la primera autoridad de la ciudad?

—Ya se lo dije, hablar con usted, Merrill.

Dejé transcurrir unos segundos de silencio antes de responder.

—Bien, alcalde, le escucho.

Ahora, el que guardó silencio otros tantos segundos, fue él.

Lo rompió exactamente cuando dobló el volante para desviar su ruta por una de las callejuelas, buscando la salida más directa de Yonkers, hacía campo abierto.

—Usted vino aquí para tratar de averiguar quién mató a Mary Anne Perkins, ¿verdad?

—Sí, así es —repuse, secamente, no deseando dar facilidades.

—¿Puede decirme quién le contrató? ¿Acaso *miss* Ruth MacAllyson?

—Eso no se lo puedo decir. Por ética profesional; esa palabra que usan tanto los abogados cuando uno trata de querellarse con uno de ellos... y no quieren hacerse cargo de su asunto, del asunto de cualquiera, por aquello de compañerismo o ética. «No ha lugar» entonces, como diría el juez Owen.

—Es lo que sospeché que me contestaría, Merrill.

—¿Y bien...?

Guardó silencio, tanto que el nerviosismo, cosa que me ocurre pocas veces, se apoderó de mí, o empezó a apoderarse, hasta que finalmente lo rompió, ya en plena carretera.

—Hay un motel a unas tres millas de aquí —explicó—. Es un

lugar solitario y agradable, donde no creo sea advertida nuestra presencia, nuestra entrevista.

—¿Algún motivo especial para que no me pueda contar las cosas por el camino, o mejor dicho, decirme qué es lo que quiere de mí?

—No, por supuesto que no lo hay..., a no ser que tengo un hambre de lobo. No comí este mediodía, y allí sirven buenas comidas..., cuando se tiene con qué pagarlas. Por el camino... —se interrumpió para añadir a continuación en brusca transición—: ¿Hasta dónde se puede confiar en usted, Merrill?

—En todos los terrenos salvo en uno —respondí.

—¿Y esa excepción es...?

—La culpabilidad de una persona a la que incriminaría a pesar de su confianza en mí, si fuese culpable de algo.

Guardó silencio unos segundos.

La carretera se deslizaba rápida hacia atrás bajo las ruedas del «Pontiac». El alcalde de Yonkers hacía volar la distancia que nos separaba del motel en un sople.

En el mismo silencio, alcanzamos la playa de estacionamiento, al atardecer, donde detuvo el coche, abrió la portezuela y dijo, rompiéndolo, de modo innecesario:

—Hemos llegado, Merrill... Pase, mientras hablamos, le invitaré... Bueno, podemos llamarle va cenar, ¿verdad?

Asentí.

Pasamos al interior del comedor del motel, y una nueva mesera nos sirvió la cena; apenas se hubo alejado de nosotros, el alcalde rompió el silencio.

—¿Ha averiguado algo respecto a ese asesinato Merrill?

Aquello no era nada más que un preámbulo para lo que vendría después, por lo que respondí:

—Poco; muy poco, y más que poco, nada.

—En realidad —dijo pensativamente—, creo que hice una estupidez al abordarle y mucho más el traerle aquí —no dije nada, y en vista de mi silencio espetó—: ¿Sabe que pude ser yo el que la matara?

—¿Tenía usted motivos?

—Posiblemente no, pero en mi fuero interno puedo pensar lo contrario, Merrill.

—Si no me aclara eso...

—Mary Anne, por el cargo que ocupaba en el juzgado, sabía muchas cosas.

—¿Respecto a usted?

—También... podía darse el caso. Pero no me refiero a mí en particular, sino a varias personas por no decir todas.

—¿Quiere decir que la asesinó alguien a la que estaba haciendo chantaje por algo que sabía, o que leyó en cualquier sumario del juzgado contra tal o cual persona?

—Pudo ser así efectivamente, pero descartando el chantaje.

—¿Por qué necesariamente descartamos el chantaje?

—Mary Anne era incapaz de una cosa como ésa. ¿Sabe lo que creo, lo que pienso yo de todo esto? No, ¿verdad? Pues es sencillo. Supo algo, efectivamente, de alguien, y ese alguien la mató precisamente por eso, o porque efectivamente, creyó que ella sabía lo que él no deseaba que supiese.

—Eso parece un burdo juego de palabras, míster Warren.

—Lo parece, pero no lo es —contradijo casi con calor mi observación—. Ella, como empleada, tenía acceso a los archivos y ficheros del juzgado y sabía, como ya le dije, de todos los trapos sucios de los habitantes de Yonkers, ricos y pobres, grandes o pequeños, y uno de ellos la mató.

—Empecemos por usted, míster Warren, el día en que la mataron, ¿dónde se encontraba?

—Mi esposa también pudo eliminarla —repuso él, fríamente—. Todos, de un modo u otro, tenemos aquí algo que esconder. Como en todas partes, Merrill, pero en esta ciudad, extremadamente pequeña, aún más, debido a que todo se sabe, precisamente por eso, porque es pequeña.

—Aún no me ha contestado usted, míster Warren —observé, en vista de que parecía deseoso ahora de dar un rodeo para no responder a mi pregunta anterior.

Tampoco pudo hacerlo, porque en aquel momento, la mesera se acercó.

—Perdón —dijo con una sonrisa—. ¿Míster Merrill?

—Soy yo —repliqué, un tanto sorprendido.

—Le llaman al teléfono. Puede contestar por la cabina número dos.

Di las gracias, dio media vuelta, empezó a alejarse, y desvié mis

ojos hacia los de Warren, que fue el primero en preguntar:

—¿Quién diablos sabe que se encuentra usted aquí, Merrill?

—Estoy tan sorprendido como usted mismo —contesté—, a no ser que...

—¿Qué...?

—Que me vieron subir a su coche, que nos siguieron luego y ya, seguros de la carretera que tomábamos, alguien recordara este motel. Y ahora perdone, ya oyó lo que dijo esa muchacha.

Me puse en pie y fui a la cabina.

Entré, tomando el auricular a continuación.

—Dígame...

—¿Merrill...?

Voz de mujer, desconocida para mí, quizá porque la estuviera disfrazando.

—Sí, soy Merrill.

—Deshágase del alcalde tan pronto pueda y venga a verme. Quiero hablar con usted, y le aseguro que es importante.

—¿Quién es usted? —inquirí—. ¿Desde dónde me llama?

Guardó silencio brevemente y respondió:

—Mi nombre nada le dirá, Merrill. En cuanto a su otra pregunta debo decirle que me encuentre en el motel, en el piso superior, habitación

10-H.

Tome la escalera y llame a la puerta. Le abriré yo misma.

—Si dejo a míster Warren —contradije—, no podré regresar a Yonkers.

—Puede alquilar un coche o llevarse el que traje yo. De eso hablaremos luego. ¿Vendrá?

Dudé, lo hice por espacio de varias largos segundos, hasta que desde el otro lado del hilo, me apremió mi interlocutora:

—¿Se decide usted, sí o no?

—Correcto —respondí—, estaré ahí tan pronto como pueda.

—No se demore mucho, por favor.

Cortó la comunicación y lentamente, regresé al lado del alcalde Warren.

CAPÍTULO V

No me preguntó pero vi, cuando me senté frente a él, la curiosidad en sus ojos, y en mi fuero interno decidí dejarle en la duda de quién era o dejaba de ser la persona que me telefoneó.

—¿Qué estábamos diciendo cuando nos interrumpieron? —inquirí, decidido entre otras cosas a terminar con la cena.

—Hablábamos de Mary Anne.

—Sí, así es. Soy bastante olvidadizo —dije—. Y... Creo que le preguntaba dónde se encontraba usted el día en que la mataron, ¿verdad?

—Sí, así es. Y la respuesta es sencilla; en mi casa. Mis criados lo pueden atestiguar.

—Se encontraba también con usted su esposa, míster Warren. Frunció el ceño.

—Que yo recuerde —contestó con gesto evasivo—, creo que no.

—Pero no está seguro.

—No, no lo estoy.

—¿Qué relaciones les unían con Mary Anne?

—¿Se refiere a mi esposa y a mí, Merrill?

—Sí, así es.

—Ninguna, en un grado de amistad. Era una conocida, una empleada del juzgado, y nada más, que alguna vez que otra venía a mi casa o a mi despacho con algún que otro papel. Pero se llevaba bien con mi esposa.

Ella siempre dijo que era una gran muchacha Mary Anne.

—¿Conoce a un tal Richarson?

—Sí, claro, todo el mundo lo conoce en Yonkers.

—¿Sabe qué relaciones sostenía con esa muchacha?

—Se dice que eran prometidos, y que esperaban casarse pronto.

—Y usted, naturalmente, no cree esa versión.

—¿Y por qué no? —me contradijo—. ¿Quién soy yo para

expresar una opinión contraria a la que todos los habitantes de la ciudad tienen al respecto? Como comprenderá, absolutamente nadie.

—¿Qué clase de persona es Richarson?

—Bueno; si lo que quiere preguntarme es si le creo capaz de matar, le diré que sí. Richarson, con unos cuantos años más sobre sus hombros, tendría la definición exacta: la de *play-boy*, y Mary Anne tenía que saberlo como lo sabíamos todos. Quizá hizo algo que a ella no le gustó, vino la discusión, y la mató por eso, para cerrar su boca, para que no destruyera la muchacha su reputación. Es una posibilidad, ¿no?

—Sí, lo sería —contradije—, si el propio sargento Kane no estimara que la coartada de Richarson es perfecta.

No dijo nada Warren en unos segundos.

—Sí, tal vez sea verdad lo que afirma ese sargento —respondió luego, pensativamente. Consultó el reloj y añadió—: Entre unas cosas y otras, Merrill, se nos está haciendo tarde.

No dije nada y terminamos con la cena en contados minutos, que transcurrieron también en el más completo silencio.

Al terminar, Warren llamó a la mesera, abonó la consumición de los dos y se puso en pie.

—¿Nos vamos ya?

Le imité, y quedamos frente a frente, separados por la amplitud de la mesa.

—Estoy cansado —respondí—, por lo que no voy a acompañarle a Yonkers, míster Warren, y lo lamento. Voy... a ir a la barra, me tomaré otro *whisky*, trataré de entablar conversación con la mesera, alquilaré una habitación y me iré a dormir.

Estaba sorprendido por lo inesperado de mi negativa, pero no se atrevía a interrogarme al respecto, y me pregunté por qué; sólo dijo, en respuesta a mis palabras:

—¿Cómo volverá mañana a la ciudad?

—Vendrán a recogerme, míster Warren, posiblemente la persona que me contrató para que descubriera al asesino de Mary Anne —mentí con aplomo.

—En ese caso, buenas noches, Merrill —me tendió la mano que estreché, y añadió:

—Lamento el no haberle servido de ayuda.

—Se equivoca —contesté—, me ha servido de mucho, aunque usted crea lo contrario.

—Siendo así, me alegro —replicó cada vez más desconcertado, más sorprendido—. Buenas noches, y que descanse.

—Buenas noches, míster Warren.

Se fue, dejándome solo.

Esperé un poco, sólo un poco, y entonces, cuando oí fuera el sonido que produjo el motor de su coche al arrancar, me acerqué a la ventana y miré fuera. El coche del alcalde de Yonkers estaba en aquel momento llegando a la curva, que tomó suavemente y luego, ya en la carretera, se alejó rugiendo, ganando velocidad a cada segundo que transcurría.

Di media vuelta y caminé hacia la escalera, tan pronto como dejé de ver en la distancia sus luces piloto, y empecé a subir, escalón tras escalón, hasta que alcancé la segunda planta del hotel.

Tomé el pasillo hacía mi derecha y tuve que recorrerlo casi todo antes de encontrar la puerta de acceso a la habitación

10-H,

donde sin una sola vacilación, llamé con los nudillos.

—Pase —la voz de la mujer era la misma—, está abierto.

Lo hice, y ella añadió casi en el acto:

—Cierre la puerta con llave.

Obedecí también, y me volví.

No la veía; estaba sentada en un sillón, teniendo al fondo la cama de matrimonio, la falda, larga hasta los pies sobre la misma, colocada cuidadosamente, lo que me pareció una blusa y guantes largos, de esos que llegan hasta un poco más arriba del codo.

Asomando por uno de los lados del sillón, vi que tenía una pierna sobre la otra y que no llevaba medias y estaba descalza.

Los zapatos en el suelo, cerca de los pies de la cama, colocados descuidadamente, como si desde allí los hubiera lanzado.

—Termine de entrar y acérquese, ¿quiere?

Lo hice, rodeando el sillón.

La combinación era rosa, de nylon, y sus pechos pequeños, redondos y firmes, como a mí me gustaban, pero había en ella algo que no me agradó; quizá era el brillo de sus verdes ojos, que me recordaron los de Sheila; quizá su actitud que no supe en principio ni luego cómo definir.

—Siéntese, por favor.

Me estaba indicando con un gesto el borde de la cama y obedecí sin dejar de mirarla.

—¿Y bien...? ¿Cómo sabe que...?

—Pongamos que alguien me telefoneó desde Yonkers y me dijo que usted venía posiblemente hacia aquí en compañía del alcalde Warren. Pongamos también que fui yo la que ya estaba aquí cuando ustedes dos llegaron, que decidí no dejarme ver por la primera autoridad de Yonkers, subí a mi habitación, y desde aquí le telefoneé a usted. ¿Es para usted una respuesta?

—Sí, que no dice nada en concreto, pero respuesta al fin —repliqué—. Dígame ahora cómo se llama.

—Le dije...

—Aún así, aun sabiendo que un nombre no significa nada, deseo que me lo diga.

—Carol Memphis —me respondió—; una aborigen de Yonkers.

Dijo «aborigen» desde luego, como una gracia, a pesar de que yo no se la vi por parte alguna.

—¿Y bien...? —repetí.

—Al parecer, Merrill, a usted no le gusta perder el tiempo.

—No, desde luego que no. Y ahora, si quiere, dígame de una vez...

—Quiero saber qué conversación sostuvo el alcalde con usted. Pienso pagarle hasta dos mil dólares por la información.

—¿Eso es todo?

Abrió mucho los ojos, con sorpresa, con estupor incluso.

—¿Le parece poco? —preguntó a su vez.

—En este caso, no son los dólares los que persigo, *miss* Memphis.

—También sé eso. Dicen en Yonkers que no cobra nada por su intervención.

Simplemente, como pago a un favor que en vida recibió de Mary Anne.

—¿La conocía usted bien?

—Sí, bastante, pero eso no viene al caso.

—Y el caso es mi conversación con el alcalde, ¿no es verdad?

—Sí, así es, y si rechaza esos dos mil dólares, ¿qué desea a cambio de su información?

—Podría decirle que la deseo a usted, pero me parece demasiado vulgar. —En ese caso...

—Nada, absolutamente nada. Míster Warren y yo hablamos de Mary Anne, cosa que usted ya supone, y luego de sus posibles asesinos. El alcalde afirma que él también pudo matarla. Me dio a entender que él tenía o podía tener, como tantos otros en Yonkers, motivos para hacerlo. Como ve, *miss Memphis*, muy poca cosa —y pregunté, antes de que ella lograra responderme—: ¿Qué sabe de un tal Richarson?

—Que es un *miniplay-boy*, y nada más. Que gusta a cierta clase de mujeres... y eso es todo.

—¿Qué era para Mary Anne?

—Su prometido.

—Y de su coartada, ¿qué es lo que sabe?

—Nada, absolutamente nada —me mostró por primera vez la blancura de sus dientes en una sonrisa mecánica, y añadió—: No le llamé a usted para que me interrogara, sabueso, sino para que me diera información.

—¿Sobre mi conversación con el alcalde?

—Sí, así es.

—Bien, dígame un motivo plausible para pedirme eso, pero la verdad, el verdadero motivo, y quizá me decida a complacerla.

Se puso en pie.

Fascinaba bajo la transparencia cristalina del nylon de la combinación y lo sabía.

No me moví; esperaba algo, sin saber qué, hasta que por fin dijo, en una pregunta:

—¿Quiere tomar una copa, Merrill?

—No es mi fuerte beber después de una cena..., aunque es posible que lo haga, pero más tarde.

Dudaba en pie frente a mí, pensaba quizá en que jamás debió recibirme allí, a solas, con aquel atuendo, que posiblemente me había impresionado por su exhibición desfavorablemente.

—Mary Anne era mi amiga, Merrill —rompió el silencio ella—. Por eso deseo saber qué habló el alcalde con usted.

—¿Por qué?

Se dejó caer en el sillón y recostó la cabeza blonda sobre su respaldo muelle y cómodo.

—El pudo, como ya usted me dijo antes, matarla.

—¿Y usted no?

—Sabe mi nombre, busque un motivo plausible y cuando lo tenga, búsqume y expóngalo. Si lleva razón, dejará que el teniente Kane me detenga.

—¿Quiere darme sus señas en Yonkers? —pregunté.

—Podría hacerlo, desde luego.

—Pero no va a facilitármelas, ¿verdad?

—No, no voy a hacerlo —me miró pensadamente y continuó—: Esto, Merrill, no conduce a nada. Quiero decir que esta conver...

Me puse en pie y se interrumpió.

—Desde luego, *miss Memphis*, lleva razón. Estamos perdiendo el tiempo. Es decir, me lo está haciendo perder a mí.

—¿Lo perdería si le pidiera que se quedara esta noche aquí conmigo? Esa cama es deliciosa.

—Posiblemente lo perdería aún más, y no lo deseo. Buenas noches —terminé, yendo hacia la puerta—. Que descanse.

No dijo nada Carol hasta que no toqué con los dedos el tirador.

—Un momento, Merrill.

Me detuve y me volví a mirarla.

—Si cambia de opinión respecto al alcalde Warren, dígamelo.

—¿Dónde?

Me sonrió.

—Tenga por seguro que nos pondremos en contacto. ¡Ah!, vigile a míster Warren. El puede que sepa más, bastante más de lo que le ha dicho respecto a Mary Anne; a los motivos que alguien quizá tuvo para matarla.

—¿Cómo sabe que me ha dicho eso?

—No lo sé, querido, pero conozco a míster Warren. Le conozco, aunque usted no lo sospeche, demasiado bien. Y lamento que no se quede conmigo. No estoy muy acostumbrada a dormir sola, y esta cama me va a resultar esta noche bastante grande. No respondí; abandoné el dormitorio y repentinamente me vi en el pasillo, caminando hacia la escalera por la que descendí hasta la planta baja.

Me acerqué al *comptoir* para preguntar:

—¿Sabe dónde puedo encontrar un coche de alquiler?

Su respuesta la cortó el timbre del teléfono que había sobre el

mostrador, al alcance de su mano.

CAPÍTULO VI

Se acercó, tomó el auricular y le oí decir:

—¿Sí, dígame?

Luego se volvió a mirarme, auricular en la mano.

—Es para usted —dijo.

Lo tomé, lo llevé a mi oído, y pregunté, exactamente del mismo modo que él lo había hecho, y la respuesta fue inesperada para mí:

—Soy Carol Memphis, sabueso.

—¿Y bien...?

—El garaje del motel está en la parte trasera, ¿comprende? Vaya allí y encontrará un «Fort Cortina» convertible con las llaves puestas. Úselo si no va a pasar la noche conmigo... y una vez en Yonkers, déjelo en la parte de atrás de la gasolinera, detrás de un seto que hay allí. Me lo regresarán aquí mucho antes de que amanezca.

—Su acompañante de esta noche, puesto que yo me...

Me interrumpió al cortar la comunicación.

Indudablemente ella estaba furiosa.

Solté el auricular sobre su soporte, diciendo:

—Ya no me hace falta el coche. *Miss Memphis* va a dejarme el suyo...

El encargado abrió mucho los ojos, me miró en señal de sorpresa, de muda sorpresa, y dando media vuelta, me alejé hacia la salida.

Conduje hasta Yonkers, dejé el automóvil donde ella me había dicho, miré la esfera de mi reloj, y empecé a andar hacia la casa de Sheila. Apenas si di cinco o seis pasos, cuando el rugido de un motor, casi al máximo de revoluciones, me hizo volver la cabeza, y vi al «Ford» que yo había abandonado, en el centro de la calle, lanzado a toda velocidad; o mejor dicho, a tal velocidad que no pude distinguir si era hombre o mujer el que llevaba ahora el

volante.

Desapareció con un aullido de cubiertas contra el asfalto, doblando la siguiente esquina de un modo completamente suicida.

Continué andando sumamente pensativo.

No estaba la llave bajo el felpudo, por lo que llamé al timbre.

Sheila me abrió la puerta, llevando una salida de baño, anudada a la cintura con el cinturón.

—Pase, Merrill —dijo, apartándose de la puerta—. Estoy desnuda, ¿sabe? Ahora mismo me sorprendió su llamada cuando me disponía a darme una ducha.

No respondí, por lo que al llegar al *living*, añadió:

—Si desea una copa, encontrará *whisky* en la cocina y hielo en el frigorífico. Yo...

—No tengo prisa —le interrumpí—. Y si desea que le frote la espalda con la toalla, dígamelo.

—Lo tendré en cuenta —respondió—, y le llamaré en el supuesto que le necesite.

Se fue en dirección al cuarto de baño, por lo que busqué en la cocina, preparé dos *whiskys* con hielo y regresé al *living*.

Tardó Sheila en regresar a mi lado exactamente treinta minutos, con la misma salida de baño y una toalla alrededor de la bella cabeza, fijó sus ojos en el vaso de *whisky* que había sobre la mesita, lo tomó, sentándose en el sofá, muy cerca de mí, y bebió un sorbo, mojándose apenas los labios con el licor.

—Gracias por el *whisky* —dijo, mirándome fijamente.

Bebí a mi vez, preguntando al terminar:

—¿Qué deseaba decirme, Sheila?

Sus ojos se regocijaron.

—¡Creí que fue usted el que vino esta mañana a mi casa para hablar conmigo de Mary Anne!

—Sí, así es. La conocía, ¿verdad?

—Sí, mucho; las tres éramos muy amigas. Ruth, Mary Anne y yo... y tengo miedo, ésa es la verdad.

Me sorprendió su afirmación.

—Explique eso, *miss*...

—Llámeme Sheila, Merrill —me interrumpió.

—Bien, Sheila, ¿de qué tiene miedo?

—Confieso que no lo sé con seguridad, pero tengo tanto miedo

como pueda tenerlo Ruth.

—¿Ruth...?

—Claro. ¿O por qué se cree que fue a Nueva York en busca de un detective como usted? ¿Porque Mary Anne era nuestra amiga? Ni lo sueñe, Merrill. Fue porque desea que el asesino caiga en manos de la policía; porque quiere estar segura. Ella piensa exactamente lo mismo que yo, que si mató a Mary Anne, quizá trate de eliminarnos a nosotras dos.

—¿Por qué?

—Es sencillo. Mary Anne tenía que saber algo de una persona, algo lo suficientemente importante como para que la asesinaran, y que pudo transmitimos a nosotras dos, por amistad, ¿no?

—Sí, quizá, pero no es éste mi modo de pensar.

—¿No? ¿Por qué?

—Puede que no sea ése el motivo por el que la mataron, Sheila. Y ahora, ¿quiere contestarme a una pregunta?

—Sí, claro. Si no lo deseara, no le habría recibido en mi casa a esta hora.

Se había acercado más a mí, inconscientemente, para poner el vaso sobre la mesa, y no se apartó luego.

Casi me rozaba cuando dije:

—¿Qué sabe de Richarson?

—Le conocíamos las tres. Mary Anne dijo que iban a contraer matrimonio pronto, pero luego, al parecer, cambió de idea.

—Explíqueme eso, ¿quiere?

—El caso es que en realidad no se por qué fue. Quiero decir que Mary Anne no especificó el motivo, ni tampoco afirmó tal cosa. Sólo nos dijo que sus relaciones con Richarson se estaban enfriando.

—¿Alguna mujer?

—En la vida de Richarson siempre hay una mujer, y algunas veces hasta dos.

—¿Se encuentra usted entre ellas?

—No, por supuesto que no, querido.

Se inclinó sobre el vaso, alargó la mano y nuestros rostros se rozaron, y vi cómo se estremecía, cómo se inmovilizaba luego, y cómo finalmente volvía la cabeza y quedaba allí, cerca, muy cerca, con los labios entreabiertos, sorprendidos, rozando los míos, y entonces la besé.

—Por favor, Merrill. No... me gusta que...

Pero no protestó poco después, cuando ya en pie, la fui empujando suavemente hacia el dormitorio, donde entramos casi al mismo tiempo.

El dormitorio era pequeño, convertido por ella en un sueño, pero no pude fijarme mucho en aquello.

Media hora más tarde, aún asida a mí, como si tuviese miedo de que fuese a marcharme, susurró:

—¿Qué harás cuando todo esto termine, Dick?

—Regresaré a Nueva York.

Siguió un silencio muy pequeño, que cortó ella, separándose un tanto de mis brazos.

—Es lo que esperaba que dijeras —callé, por lo que añadió, con el deseo expreso ahora de cambiar de conversación—: ¿De quién sospechas, Dick?

Pensé en varias cosas al mismo tiempo, sin decidirme por ninguna, hasta que dije en respuesta a su pregunta:

—A decir verdad, de todos y de ninguno. Si por lo menos supiéramos qué es lo que sabía Mary Anne, si tuviéramos un solo motivo para que fuese asesinada, la cosa se presentaría más fácil.

Consulté el reloj, quitando mi brazo izquierdo de su cintura.

Las tres de la madrugada; demasiado temprano, y también demasiado tarde para ponerme en contacto con el sargento Kane.

—Estás pensando en la policía, ¿verdad?

Me asombró un tanto su penetración y respondí:

—Sí, así es.

—¿Hay algo que no me hayas dicho?

Recordé el motel, recordé a la mujer en combinación que me recibiera allí, lo recordé todo, y pregunté a mi vez:

—¿Conoces a una mujer llamada Carol Memphis?

Su ceño se frunció violentamente.

—No —dijo—, no he oído ese nombre en toda mi vida. ¿Por qué?

—Olvídalo, pequeña —respondí, besándola en la nariz.

Se me abrazó.

El sol entraba por la ventana cuando se apartó de mí, se sentó en el borde de la cama y empezó a vestirse.

—Te prepararé el desayuno, Dick —dijo un segundo antes, ya

vestida, de encaminarse hacia la puerta.

Me di una ducha, me vestí a mi vez, y cuando de nuevo me enfrenté con ella, Sheila se encontraba en el comedor, con todo dispuesto para desayunar, desayuno que devoramos en silencio.

Al terminar, sin esperar a encender un cigarrillo, pregunté:

—¿Puedo usar tu teléfono, Sheila?

Abrió mucho los ojos.

—Eso no tienes necesidad de preguntármelo, Dick. Es tuyo..., como lo es todo lo que hay en esta casa.

No tuve nada que objetar, me levanté de la mesa y fui al *living*, notando que ella no me seguía. Se lo agradecí mientras tomaba el auricular y empezaba a marcar.

—¿Policía...?

Les interrumpí.

—Me llamo Merrill —dije—, y quiero hablar con el sargento Kane. Es importante.

—Espere un momento, por favor.

Fue así.

Un par o tres de segundos más tarde le oí:

—¿Merrill...?

—Sí, así es.

—¿Algo nuevo?

—No lo sé aún —respondí—, pero creo que sería conveniente investigarlo.

—Bien, suéltelo ya.

—Se trata de un «Ford Cortina», convertible (di el número de las placas) y deseo saber quién es su dueño. ¿Lo tiene ya?

La voz de Kane era cauta cuando preguntó:

—¿Qué ha hecho el conductor de ese coche?

—Nada que yo sepa, por el momento. Pero sólo por el momento. Escuche, Kane, anoche tuve una entrevista con el alcalde Warren, y fuimos a un motel, donde cenamos juntos. Mientras estábamos cenando...

Al terminar de contárselo todo, el policía indagó:

—¿Quién es esa mujer? ¿La había visto usted antes, Merrill?

—Si la hubiera visto, sargento, no tendría ahora que preguntarle a usted por el dueño del coche, ¿verdad?

—Sí, así es. ¿Algo más?

—No, nada; salvo preguntarle cuándo tendrá el informe.

—Si el coche se encuentra aún en Yonkers, pronto. Si no es así, si las placas, como supongo por su numeración, pertenecen al Estado de Connecticut, tardaré aún unas horas.

—Gracias, sargento —fue lo que dije, un segundo antes de cortar la comunicación, yendo ahora hacia la puerta de acceso a la calle.

No sé cómo pudo hacerlo, pero ella estaba tras mis pasos, rozándome, cuando tomé el tirador para abrirla.

—Dick...

Su voz era un hilo que parecía romperse...

—¿Sí...? —pregunté, mirándola ya.

—¿Nos... nos volveremos a ver?

—Sí, puede que sí.

—Pero no estás seguro, ¿verdad?

—No, no lo estoy, Sheila.

Bajó la cabeza, clavando los ojos en el suelo de modo obstinado, y respondió sin mirarme:

—Estaré en el Blue o aquí, por si deseas hacerlo, por si quieres verme.

No la besé cuando di media vuelta y alcancé la calle; empecé a andar, sin rumbo fijo, con una idea en mente; la de tratar de encontrar como fuera a Richarson.

No tuve que esforzarme mucho.

Lo supe casi al instante de que aquel pensamiento se me ocurriera; primero oí unos pasos a mi espalda, luego el de los pasos se colocó a mi altura, sin que por mi parte hiciera nada por mirarle, por tratar de averiguar de quién se trataba, y entonces oí su voz:

—Usted es Merrill, ¿verdad? El tipo ese que está haciendo preguntas en torno a Mary Anne.

Me detuve y se detuvo a su vez.

Le miré.

Joven, de unos veinticinco años, pelo largo, casi sobre los hombros, una ligera barba, bien cuidada, pulcro a pesar de que no era elegante en el vestir, pues iba en mangas de camisa y llevaba unos pantalones vaqueros, muy ajustados a sus piernas y caderas, con zapatos de piel de cocodrilo, sin polvo alguno.

—Efectivamente —respondí, dando de lado a todo lo demás—; soy Merrill.

—Mi nombre es Richarson —dijo—, me dijeron que me estaba buscando.

—¿Quién se lo dijo?

Sonrió, mostrándome sus fuertes dientes de lobo y vi, con sorpresa, que su sonrisa era abierta, sincera.

—¡Oh! Una amiga suya. *Miss Ruth MacAllyson*. ¿Dónde quiere que hablemos?

—En cualquier parte —respondí—. Escoja usted el lugar.

Indicó con un gesto el final de la calle.

—Hay un pequeño bar allí —continuó—. Podemos tomar café o lo que le apetezca a usted.

Asentí en silencio, y del mismo modo alcanzamos el bar.

CAPÍTULO VII

Sentados a una de las mesas, frente a sendas tazas de café, preguntó Richarson:

—Bien, Merrill, ¿qué quiere saber de mí?

—Cuénteme cosas de Mary Anne —dije.

—Íbamos a casarnos.

—Sé todo eso, como también sé que las relaciones entre ustedes dos se enfriaron más tarde. ¿Por causa de una mujer?

Tomó la taza, bebió un poco sin dejar de mirarme y respondió luego:

—Mary Anne siempre estaba viendo lo que no era.

—Explíquese, ¿quiere?

—Era una muchacha muy celosa, hasta tal punto, que me era imposible saludar a mujer alguna en la calle cuando iba con ella.

Podía ser o no verdad, pero no tenía nada con que contradecirle, por lo que pregunté:

—¿Dónde estaba usted cuando la asesinaron, Richarson?

Sonrió.

—Mi coartada es perfecta, Merrill —respondió—. Irrebatible, pero perdone que no pueda decirle nada más. El secreto es sólo mío.

—Lo que en otras palabras quiere decir...

—Que tuve toda la noche una señora conmigo... y que no puedo ni quiero darle el nombre de la dama. La policía sabe quién fue... y espero que el día de la encuesta preliminar, las cosas no se compliquen demasiado.

—¿En qué sentido? —indagué.

—En el que puede usted suponer. Y ahora, si piensa que Mary Anne tenía razón, le diré que sí, por aquella vez, pero nada más. Fue la única, y creo que ni se enteró siquiera.

—Sí, es posible, como también lo es que usted la matara porque ella descubrió lo que había entre esa señora y usted. Puede que

incluso le amenazara con revelar el secreto y usted, Richarson, perdió los nervios y la...

—Olvida mi coartada, Merrill —me interrumpió.

—Que no le servirá de nada tampoco, si la dama en cuestión niega los hechos delante del tribunal.

—Sí, puede que ocurra así y en ese caso..., me voy a ver en una situación muy difícil. Mary Anne y yo hemos tenidos varios altercados públicos y eso es sabido por todos los habitantes de Yonkers. De ahí a la silla, no hay nada más que un paso, si alguien hace saltar en pedazos mi coartada; mi coartada, Merrill.

—¿Espera usted que eso ocurra?

Ahora se echó a reír.

—No, por supuesto que no.

—Dígame, Richarson, ¿qué mujeres conocía usted en Yonkers?

—A unas cuantas; a Ruth, a Sheila, a Mary Anne... y a varias más.

—¿No hay más nombres?

—Por supuesto que sí, pero si se los diera, sabría quién fue la dama de aquella noche.

Estaba frío mi café cuando me llevé la taza a los labios, por lo que la apuré de un sorbo, mientras me preguntaba Richarson:

—¿Miro más, sabueso?

—No, por el momento, no —el nombre de Carol Memphis me vino a la mente, pero no lo pronuncié—. Dígame, ¿tiene sospechas de quién pudo ser el asesino de su prometida?

Su rostro se nubló.

—Si lo supiera, si tuviera la más ligera sospecha, Merrill —y su voz era levemente ronca—, ahora ya no viviría.

No respondí.

Estaba introduciendo Richarson la mano en el bolsillo del pantalón, luego de haberse puesto en pie, sacó unas monedas, las tiró sobre la mesa y repitió:

—¿Algo más?

—No, nada —dije—, y gracias.

No esperó mi respuesta, me volvió la espalda y caminó hacia la puerta. Le dejé salir y luego le di asimismo unos segundos de respiro, y entonces me puse a mi vez en pie.

Cuando abandoné el bar saliendo a la calle, ya no pude ver a

Richarson, pero sí al sargento Kane, acompañado de uno de sus policías.

—Hola, Merrill —saludó apenas verme—. Le estaba buscando.

—¿Y...?

—Encontramos el coche, cerca del precinto de policía; como si alguien lo hubiese puesto allí con ánimo de burlarse un poco de nosotros. Placas del estado de Connecticut como le dije, a nombre de un tal Aldo Murray. Falsas por supuesto —hizo una pausa y preguntó a quemarropa—: ¿Reconocería a la mujer si volviera a verla?

—Tenga la seguridad que sería así, sargento —respondí.

Guardó silencio por espacio de varios segundos, al cabo de los cuales, dijo:

—Manténgame informado si la ve, pero no obre en este caso por su cuenta, ¿comprende?

—No, francamente no.

—Da lo mismo, Merrill. Yo... Bueno, no puedo ser más explícito por el momento, por lo que le ruego que si la ve, si siente la necesidad de abordarla, hágalo, pero avíseme antes. Es... una orden, ¿comprende?

De aquello solo entendía una cosa; tanto la policía cómo quizá el alcalde, incluso el juez de Yonkers, sabían quién era la dama que compartió el lecho con Richarson. Si era o no un secreto del sumario, este secreto estaba dando pie a un asesino para volver a matar. El nombre de dicha dama, fuera la que fuese, tenía que hacerse público, llevarla al precinto de policía y someterla a un careo con Richarson. Richarson también podía mentir en aquello, y dicha dama no existir a no ser en su imaginación.

Ruth, Sheila y Carol Memphis, conocían a Richarson, cuyo único afán en la vida parecía ser las mujeres. Una de las tres, o tal vez ninguna, podía ser dicha dama, y un lugar al abrigo de miradas indiscretas donde pasar una noche de amor.

Miré al sargento Kane, que a su vez me observaba en silencio, con el ceño fruncido, como si adivinara cuáles eran en aquel momento mis pensamientos.

—De acuerdo, sargento —dije—, a pesar de que no lo entiendo, lo haré así.

Me respondió con un saludo de su mano, dio media vuelta, y

acompañado por el otro agente, se alejó calle abajo, dejándome solo sobre la acera.

Empecé a andar, dando mentalmente vuelta a todo lo que me había dicho, a lo poco que me había dicho, hasta que de pronto, frente a mis ojos, vi el letrero del Blue Bar.

Ni siquiera aun hoy puedo explicarme qué me impulsó a entrar, sabiendo que Sheila podía encontrarse allí, y que apenas si hacía una hora u hora y media que nos habíamos separado, pero lo cierto fue, que empujé la encristalada puerta y que repentinamente me encontré en su interior, mirando las mesas.

Sheila estaba allí, junto a la barra del mostrador, con los clásicos *pantys* negros, y otra mujer más: Ruth MacAllyson, que me saludó levemente con un gesto.

Desvié entonces mi camino hacia la barra y me acerqué a la mesa en que se sentaba.

—Hola —dije—, ¿puedo sentarme?

Sin perder la sonrisa me indicó Ruth la silla que había frente a ella, y tomé asiento.

Nos miramos unos segundos, incliné mi rostro hacia el suyo, pero sus labios no se abrieron ahora, ni aun cuando los rocé; se limitó a ladear un poco la cabeza y decir:

—Por favor, Dick, eso ya no.

Me erguí en la mesa, mirándola un tanto asombrado.

—¿Puedo saber lo que te pasa? —pregunté.

Con un gesto de su bella cabeza, indicó Ruth el lugar donde Sheila se encontraba.

—Tú ya perdiste la oportunidad, querido —dijo.

—No te comprendo.

—¿No...? Pues eres más tonto de lo que yo creía. Tú... Bueno, has cambiado el dormitorio de mi casa por el de Sheila.

—¿También sabes eso?

—Sí, claro, ella misma me lo dijo.

—Eso no significa nada.

—Tal vez para ti no, Dick, aunque sí para mí, y si digo la verdad, mal que me pese a mí misma, has ganado en el cambio.

Callé, hice una seña a la muchacha que se acercó y pedí:

—Sírreme una copa, Sheila, ¿quieres?

No respondió, ni con una sonrisa; nos dejó solos y guardamos

silencio hasta que la puso sobre la mesa, frente a mí, y se alejó luego.

Ruth rompió el silencio.

—¿Has descubierto algo?

—Sí —dije—, algunas cosas. Algo sobre una mujer fantasma. Una mujer que pasó la noche con Richarson, el prometido de Mary Anne. Algo que sólo se perfila, que es impreciso, que en fin, no acaba de materializarse.

—¿Quieres decir que no sabes quién es esa mujer?

—Correcto; no lo sé.

—Si Richarson anda aún suelto por Yonkers, es que la policía sí lo sabe.

—Ya lo he supuesto, pero Kane...

—Sí —me interrumpió—, no te dirá nada. Tampoco el juez Owen lo haría, aunque lo intentaras, lo que quiere decir que...

La interrumpí a mi vez.

—Que es muy posible —terminé—, que tenga una última y definitiva conversación con Richarson. Es decir, quizá le presione de un modo que no le va a gustar.

—Y te meterás en un lío.

—Sí, quizá...

Fue en aquel momento cuando tuve la idea.

Una de esas ideas que le asaltan a uno sin saber cómo ni por qué, y que por unos segundos hizo que me interrumpiera en mitad de la frase que estaba pronunciando.

Luego, ante los ojos asombrados de Ruth y tal vez de la propia Sheila, que nos miraba desde la barra, me puse en pie.

A continuación, vino la pregunta:

—¿Te marchas?

Traté de sonreír, consiguiéndolo a medias.

—Tú misma dijiste, querida, que contigo ya había perdido mi oportunidad.

Di media vuelta y sin lanzar una sola mirada a Sheila ni casi despedirme de Ruth, abandoné el bar, saliendo a la calle.

Busqué luego en Yonkers un lugar donde alquilar un coche, y ya frente al volante, abandoné la ciudad en dirección al motel de la carretera estatal, donde me llevara el alcalde Warren, donde asimismo conociera a una mujer que dijo llamarse Carol Memphis.

Anocheía cuando di vista a la construcción del motel y llevé después el coche a la playa de estacionamiento, lo detuve allí. No descendí al instante, sino que encendí un cigarrillo y fumé incansablemente, por espacio de varios minutos, pensando en que quizá el encargado del motel se mostrara reacio a facilitarme información.

Con el cigarrillo ya a medio consumir, abrí la portezuela, que cerré a mi espalda con llave y pisando la grava del camino, fui directamente al edificio central, empujé la puerta giratoria, crucé el *hall*, y saludé al encargado que, desde el otro lado del pequeño mostrador de recepción, me miraba curiosamente.

—Me llamo Merrill y soy detective privado —dije sin preámbulo alguno—. Sé que no tengo derecho a... pongamos hacerle preguntas, pero sí desearía que me hiciera un favor, contestando a algunas.

Me estaba mirando de hito en hito, suspicaz, desde mucho antes de que yo terminara de hablar.

—Pregunte, Merrill —respondió—, y puede que le conteste, o no.

—Estoy buscando a un hombre que pasó la noche aquí... —pensé un poco, tratando de recordar la fecha en que Mary Anne fuera asesinada y continué luego—: Hace exactamente tres días.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?

—Richarson —contesté.

Le vi dudar por espacio de unos segundos.

—No recuerdo tal nombre, amigo —dijo finalmente.

—Sí, es posible, pero su nombre debe estar en el libro registro, ¿no?

Frunció el ceño.

—Ese libro... Bueno, no estoy autorizado a mostrárselo.

Fingí que vacilaba y luego, repentinamente, hundí la mano en mi bolsillo del pantalón. Deposité a continuación un billete de cien dólares frente a sus ojos, sobre el mostrador, diciendo:

—Puede que esto le ayude un poco a... a facilitarme las cosas, ¿verdad?

Miró a su alrededor y luego, de modo inexplicable, sus dedos se pegaron al billete, o viceversa, y lo hizo desaparecer asimismo en uno de sus bolsillos.

Señaló luego el libro que estaba a su lado y sonrió:

—Eso es hablar claro..., por lo que me voy a echar un vistazo fuera. Alquilé hace poco una de las cabañas, y ahora que recuerdo, me pidieron una botella de *whisky*, que se me olvidó llevar.

No esperó contestación, que por otra parte tampoco pensaba darle, y rodeando mostrador, abandonó el lugar, dejándome solo, frente al libro.

Lo abrí apenas se hubo ido.

Cuatro minutos más tarde tenía frente a mis ojos el nombre de Richarson. «Richarson y esposa. Quinta Avenida, Nueva York».

Eso era lo que decía, y eso es lo que debí suponer que diría. Nada sobre el nombre de la dama; cerré el libro y mascando mi derrota, abandoné también el *comptoir*, salí fuera, y sin lanzar una mirada a mi alrededor, me encaminé al bar del motel.

Estaba sentada en uno de los altos taburetes, en la barra, mostrando sus morenas y magníficas piernas, cuyos pies iban calzados con zapato blanco de alto tacón, frente a un alto vaso más que mediado de licor, posiblemente un *Manhattan*, y con los ojos fijos en el espejo, por lo que me vio apenas entrar.

No se volvió a mirarme, pero sus desnudos y no menos morenos hombros se estremecieron, cosa que noté perfectamente mientras me acercaba a ella.

CAPÍTULO VIII

Se habían estremecido sus hombros, pero sin embargo, no parecía sorprendida cuando tomé uno de los taburetes y me senté a su lado, teniendo ya frente a mí los ojos impasibles del barman.

—¿Qué va a tomar?

—Sírvame un *whisky*, por favor —indiqué, sin dejar de mirarla.

Se apartó de nosotros para tomar la botella y los ingredientes necesarios, y pregunté a Carol:

—No parece muy sorprendida de mi presencia aquí. ¿Verdad, *miss Memphis*?

Me sonrió.

—No, es cierto —repuso—, se puede decir que casi le estaba esperando.

—¿Por qué tenía esa seguridad?

—Supuse, y como ve, acertadamente, que luego de lo hablado, de llevarse mi coche, volvería para hacerme preguntas, y acerté. Aquí está usted.

El barman me ponía el vaso al alcance de la mano, lo tomé antes de contestar, bebí un poco y finalmente dije:

—Quisiera, *miss Memphis*...

—Llámeme Carol, si no le importa, Merrill.

—Quisiera, Carol —obedecí—, que me dijera algunas cosas.

Miró ella a nuestro alrededor, y ya con los ojos fijos en los míos, respondió:

—¿Aquí, o en mis habitaciones? Alquilé para esta noche una cabaña.

—¿Espera a alguien?

—No. O por lo menos no estoy muy segura de eso. ¿Viene?

Tenía el vaso con el resto del *Manhattan* y se lo llevó a los labios.

La imité, saltando ya del taburete al suelo.

Aboné pues la consumición de los dos y salimos fuera.

No la toqué cuando, a mi lado, nos encaminamos por la acera, bordeada de madreselvas que trepaban por el tronco de alguno de los árboles, ni tampoco cuando se detuvo frente a la puerta de acceso a la cabaña número cinco, diciendo:

—Es aquí, Merrill.

Abrió el bolso, sacó la llave, y me franqueó el paso.

Entramos los dos a oscuras, hasta que ella encendió la luz.

Una sala de estar amueblada con lujo y elegancia, un sofá, dos sillones, televisión en color, y al fondo dos puertas; la de acceso al cuarto de baño y la del dormitorio, esta última abierta, mostrando la cama al fondo, la mesita de noche, la lamparilla eléctrica, y la ventana cuyas cortinas corridas impedían ver el exterior.

—¿No se sienta?

Lo hice, pensando que con el vestido largo que llevara la noche anterior, me parecía más bella, más interesante incluso que con la minifalda que usaba en aquel momento.

—¿Quiere algo de beber?

Pensé en el *whisky* que había tomado tan precipitadamente en el bar y respondí:

—De acuerdo, Carol, tomaré un *whisky*.

Tomó sin replicar la dirección de lo que yo creí que sería el cuarto de baño, para regresar al cabo de varios minutos llevando en una bandeja dos altos vasos más que mediados de licor con cubitos de hielo.

Y tomó Carol asiento en el sofá, indicándome:

—Siéntese a mi lado, Dick. Aquí se está más cómodo que en el sillón.

Lo hice, dándole a poco mentalmente la razón.

—¿Y bien? —dijo de pronto.

Bebí un poco antes de responder.

—Ese coche —empecé—, el que me llevé de aquí, y que luego encontraron junto al precinto de la policía, ¿quiere decirme, Carol, quién me estaba esperando en Yonkers y luego dónde fue el coche antes de que fuera abandonado?

Bebí a su vez, y ladeó la cabeza para mirarme.

—Alguien sabía anoche que me encontraba aquí; alguien que le

vio tomar esta dirección con el alcalde Warren y me telefoneó para advertirme. Luego, cuando usted se fue del motel después de hablar conmigo, le llamé a mi vez, y le esperé en la gasolinera, regresó aquí con el coche, nos fuimos a Yonkers, y sospechando que usted daría las placas a la policía, lo dejamos donde pudieran encontrarlo pronto.

—Eso no me explica nada. Ni por qué en Connecticut se alquiló con un nombre falso, Carol. Tampoco por qué a nombre de un hombre y no de una mujer, como en realidad era quien llevaba el volante hasta este motel. Dígame, ¿quién era el hombre?

—Un amigo.

—Lo he supuesto. ¿Su amante, Carol?

Negó con la cabeza, se inclinó para depositar el vaso sobre la mesita y ladeó el rostro para mirarme.

Estaba ahora muy cerca y tenía los labios entreabiertos.

—Si me besa ahora —dijo en un susurro—, gritaré.

Me pregunté si en verdad lo haría, pero no traté de comprobarlo. Simplemente me limité a decir:

—¿Por qué no responde a mi pregunta?

—Porque el secreto no es mío. Lo siento, Dick Merrill, pero en este sentido no voy a decirle más de lo que ya le he dicho.

—Dígame una cosa, Carol —continué—, ¿era usted la mujer que la noche en que mataron a Mary Anne, la pasó en compañía de Richarson?

—Richarson es también amigo mío, pero no hasta ese extremo.

—¿Quién era ella? —inquirí, tomando el vaso para llevármelo a los labios—. Usted lo sabe.

—Basta de conversación, Merrill... y deje esa copa. Necesitará las dos manos para tomar a una chica.

Me volví a mirarla y sus labios rozaron los míos; no gritó por supuesto cuando la besé. Luego, más tarde, ambos de la mano, entramos en el dormitorio, y se estaba bien allí, en silencio, en la intimidad.

Fue bastante más tarde cuando, tendida a lo largo, con la mata de pelo desparramada sobre los desnudos hombros y la almohada, con las palmas de las manos bajo la nuca, sin que viniera a cuento, comentó:

—¿No vas a ir a ver a Kane con lo que te he contado, Dick?

Me volví hacia ella.

—No... —inquirí—. ¿Por qué?

Hubo unos segundos de silencio que se me antojaron extraños, que al fin rompió Carol.

—Negaría todo lo que te he dicho, y sería tu palabra contra la mía. No saldrías muy bien librado. Hazme caso, Dick. Es un consejo, el único que te puedo dar como amiga y como amante de unas horas, o de una noche, según prefieras.

No respondí en unos instantes.

—Puede que lleves razón, Carol —contesté—. Y ahora, ¿qué relaciones te unen a Richarson?

Arqueó levemente una ceja y volvió el rostro hacia mí, llevando los labios una vez más entreabiertos.

—A eso ya contesté una vez, querido —replicó—, es amigo mío, pero nada más.

—¿Fue el tipo del coche?

—¿Qué coche?

Procurando cargarme de paciencia, contesté:

—El que me estaba esperando en la gasolinera.

—No. No era él.

—¿Quién, entonces?

Se me acercó, volviéndose hacia mí completamente.

—Escucha, Dick —susurró, rozando sus labios con los míos—. Te he dicho todo cuanto sabía, todo cuanto sé. No maté yo a Mary Anne, ni sé quién pudo hacerlo. Richarson... tal vez lo hiciera, pero eso también se puede decir incluso del dueño del Blue Bar, y por causa de Sheila.

—¿Qué sabes o qué puedes decirme de Ruth MacAllyson? —pregunté bruscamente.

—Que es una gran mujer... que, según tengo entendido, ella fue a buscarte a Nueva York para que intervinieras en este asunto.

Preguntándome cómo estaba ella tan segura de todo, inquirí:

—Respecto al sargento Kane, ¿qué puedes decirme?

—Sencillamente que es un buen policía.

—No es eso lo que...

—Lo sé; sé que no es eso lo que quieres decir, pero sí es todo lo que yo puedo decirte a ti respecto a él.

Dudé unos segundos antes de formular la siguiente pregunta:

—¿Por qué no me dices, Carol, el nombre de la mujer que pasó la noche con Richarson el día que asesinaron a Mary Anne, y también qué es lo que haces tú en este motel desde...?

No me dejó responder, cerrando mis labios con los suyos, y la enlacé por la cintura.

«Tengo que marcharme ahora, Dick». Eso fue lo que me dijo un poco después; luego saltó de la cama al suelo, empezó a vestirse.

Aún se oían sus pasos hacia la salida cuando pensé en todo aquello; luego, un leve portazo cuando cerró la puerta a su espalda y más tarde el ruido del motor del coche que la llevara allí, cualquiera sabía cuándo y por qué motivo, y que ahora la devolvía a su destino en Yonkers, si es que efectivamente se dirigía allí Carol. Me desperecé sobre la cama.

Me dormí.

Entré lanzando una mirada a mi alrededor.

Todo estaba igual que antaño, lo mismo que la primera vez que estuve allí, todo exactamente igual, salvo en una cosa; Mary Anne ya no se encontraba detrás de su máquina de escribir, Mary Anne ya no volvería nunca más a escribir con aquélla ni con ninguna otra.

Mary Anne estaba muerta; su cuerpo aún reposaba dentro de uno de los cajones de plomo de la Morgue y su asesino, en contraste, continuaba disfrutando de la vida, de su impunidad, de todo.

Y no me gustaba.

Y seguía sin gustarme cuando uno de los empleados del juzgado de paz de Yonkers, me preguntó:

—¿Qué desea, míster...? —Hizo un gesto de sorpresa y añadió —: Usted es míster Merrill, ¿verdad?

—Sí, así es —respondí—, ¿puedo ver al juez Owen?

Le vi fruncir el ceño, luego se me acercó un tanto y susurró:

—No lo sé..., pero le avisaré de su presencia. Esta mañana está... Bueno, tiene un humor de perros.

Se alejó sin esperar mi respuesta y le vi desaparecer por una de las puertas del fondo.

Cuando regresó a mi lado, sólo dijo:

—El juez Owen le recibirá, míster Merrill. Tenga la bondad de pasar.

Lo hice, llamando primero a la puerta con los nudillos, y tan pronto como me autorizó a entrar.

Se encontraba sentado detrás de la mesa despacho, en un sillón, y no se levantó al verme ni sonrió.

Sólo dijo, señalándome otro de los sillones:

—Siéntese, Merrill.

Lo hice, y nos miramos exactamente como dos extraños, como si no nos hubiéramos visto nunca.

Rompió el silencio Owen, con una pregunta:

—¿Alguna cosa en que pueda servirle a usted?

Dudé un poco, unos segundos, no sabiendo quizá cómo expresarme, cómo expresar mis ideas sin herir su susceptibilidad de juez íntegro, incorruptible, y finalmente, dije:

—Quiero examinar los papeles, el sumario, o comoquiera que en términos judiciales se llame, del caso concerniente a Mary Anne.

Ninguno de los músculos de su rostro frío y correcto se movió por un espacio breve de tiempo.

—Eso —dijo luego—, no puede ser. El sumario es secreto, y usted lo sabe tan bien como yo.

—Sí, lo sé —corroboré sus palabras—, pero si quiere al asesino de la muchacha, juez Owen, me temo que tendrá que darme facilidades, so pena de que desee que este caso se convierta en federal..., lo que al sargento Kane no le agradará ni mucho menos.

Me miró pensativamente, de hito en hito, dudando también, sin una sonrisa, sin que en sus ojos se delatara lo que indudablemente pensaba, sin que dejara tampoco traslucir a qué obedecían sus dudas, pues con sólo la palabra sí, o no, había más que suficiente para mí, para cualquiera.

—No puedo, Merrill —respondió al fin—, y lo siento. En este caso, como supondrá, tenemos que andamos con pies de plomo. Por el secreto del sumario y por *mistress* Carol Warren, o Carol Memphis de soltera, ¿comprende?

Por un ligero espacio de tiempo, creí no haber oído bien, y luego me puso en pie, preguntando:

—¿Lo sabe *mistress* Warren?

—Por supuesto que no. No es un secreto porque esta declaración ya se hizo en el precinto de policía, pero dudo que ella lo sepa.

—Gracias.

Salí a la calle.

Era un secreto del sumario, el juez no había dicho materialmente nada, pero sí pronunció un nombre, que me daba material para pensar, tal vez para descubrir al asesino de Mary Anne, y el juez Owen lo sabía, y por eso lo pronunció. No había dicho nada y sin embargo, lo dijo todo.

Carol Memphis o Carol Warren era la mujer que servía de, coartada al hombre que posiblemente mató a la muchacha.

Sobre la acera, en la misma puerta del juzgado de paz de Yonkers, ahora con el cigarrillo en los labios, me pregunté dónde podría encontrar en aquel momento a Richarson o en su defecto a la mujer que compartió la cama de un motel conmigo durante unas horas.

Podrían o no estar juntos, podría ella asimismo encontrarse en su casa y aquello último era malo; podía Carol saber a pesar de la opinión del juez Owen, que su nombre figuraba en el sumario. Podía ser, finalmente, que ella no fuese la mujer que estuvo con Richarson a pesar de lo que éste dijera o declarara al sargento Kane.

Necesitaba hablar con uno de los dos, pero en preferencia con Richarson.

Necesitaba verles, pero no sabía dónde encontrarles por el momento, por lo menos a este último, por lo que tomé la dirección del Blue Bar.

Con un poco de suerte podía asimismo entrevistar a su dueño, o en su defecto, ver a Sheila.

CAPÍTULO IX

No vi a Sheila allí, pero sí al sargento Kane, de uniforme, en la barra, hablando con Meredith, y me acerqué.

De los dos, fue el policía el que primero reparó en mi presencia y sin que ni en sus ojos ni en su rostro expresara sorpresa alguna por mi inopinada llegada, saludó:

—Hola, Merrill, ¿algo nuevo?

—¿Se refiere al asunto de Mary Anne Perkins? —pregunté a mi vez, atacando antes de ser atacado.

—Sí, ¿qué otra cosa podía ser si no?

Hice una pausa en el transcurso de la cual ninguno de los dos pronunció palabra, y luego respondí:

—Averigüé algo, sí, aunque muy poco.

—¿Por ejemplo...?

—El nombre de la mujer que sirvió de base para la coartada de Richarson. Y también el motel, el nombre del motel donde él dice que pasaron la noche.

Eran todo oídos los dos, cuando Meredith medió en la conversación con una pregunta:

—¿Quién es la mujer? ¿La conocemos nosotros?

—Posiblemente, sí —repuse, y añadí a continuación, dirigiéndome, por supuesto, a Kane—: No obstante, estoy seguro de que Richarson mintió.

Kane se ladeó, apoyando el costado contra el filo del mostrador, mirándome ahora a los ojos.

—Explíquese, ¿quiere?

—Aún no puedo —contesté—, y lo siento. Tengo varias ideas de cómo ocurrieron las cosas, del porqué y el cómo de la mentira de Richarson en cuanto a la mujer, pero nada más. Más adelante, quizá, sargento, pueda decirle algo más.

—¿Qué es ese algo más?

—Por ejemplo, quién fue, y ahora con certeza, la mujer que va unida en este caso a Richarson. Su coartada, dicho esto en otras palabras..., y quizá asimismo le diga también qué vio Mary Anne que le costó la vida.

—¿Alguna idea?

—Ya le he dicho que por el momento tengo muchas, pero nada en concreto, sargento...

—¿Respecto a esa mujer?

—¿Qué mujer? —inquirí a mi vez.

—La que consta en el nombre del sumario; la que consta asimismo en los archivos del precinto, ¿cómo sabe que respecto a ella Richarson mintió, Merrill?

Mentí a mi vez al responder:

—Ella lo niega.

Frunció el ceño, y de pronto apareció una sonrisa en sus labios.

—Eso no es cierto —afirmó luego, categóricamente.

—¿No...? ¿Puedo saber por qué?

—Ella ni siquiera sabe que su nombre consta en esos dos sitios.

No respondí; pero sí dije, enfrentando ahora al silencioso Meredith:

—Alguien, anoche, me habló de usted.

Se levantó una de sus cejas.

—¿Puedo saber quién?

Sin responder a su pregunta, continué:

—Dijo que también usted pudo matar a la muchacha, a Mary Anne, a causa de Sheila.

¿Sabe qué quiso decirme con eso?

—Esa mujer está loca si afirmó tal cosa, Merrill.

—¿Cómo sabe que me lo dijo una mujer y no un hombre?

Estalló entonces Meredith con violencia:

—¡Es usted un imbécil, si cree eso!, ¿comprende? Sheila... Bueno, he tratado de... de seducirla, pero he fracasado en todos los extremos. En cuanto a Mary Anne... era una muchacha sensata, juiciosa, y no creo que a nadie diera pie para otra cosa que una buena amistad, si exceptuamos a Richarson. El pensar lo contrario es una imbecilidad como le dije. El hombre o mujer que le dijo eso, Merrill, mintió, tal vez por dos razones.

—¿Puedo saber cuáles son? —indagué.

—Posiblemente usted le interrogaba y desvió su atención con lo primero que se le ocurrió.

—¿Y la segunda...?

—Ésta que he expuesto puede servir para ambos casos. Quiero decir que me equivoqué al decir dos razones, cuando en realidad debí decir una sola.

Fue entonces cuando el sargento Kane despegó el costado del mostrador, se irguió frente a mí, y preguntó:

—¿Quiere que demos un paseo, Merrill?

Me encogí levemente de hombros.

—¿Por qué no? ¿Dónde quiere que vayamos?

—Por el momento fuera.

Salimos arabos del bar, sin despedimos siquiera de Meredith.

Sobre la acera, Kane preguntó:

—Supongo que no habrá creído que iba a invitarle a pasear, ¿verdad?

—No —dije—; por supuesto que no. ¿Qué quiere decirme a solas, sargento?

—Sólo una pregunta: ¿quién le dio el nombre de *mistress* Carol Warren, como complicada en este caso?

—Ella misma —mentí, sin saber por qué lo hacía.

Guardó silencio Kane; un largo, silencio que sólo rompió cuando como un autómatas, empezó a andar calle abajo, en dirección el precinto de policía.

—Cuesta trabajo creer en esa afirmación, Merrill —dijo de pronto.

—¿Por qué?

—Por la razón que ya le di en el bar; *mistress* Warren, la esposa del alcalde, no sabe aún que Richarson la involucró en ese sumario, en ese asesinato.

—Si ella no lo sabe, Kane, y en el supuesto de que yo le mintiera a usted al decirle que fue ella la que me lo dijo, ¿quiere responder a una pregunta?

—¿Y es...?

—¿Cómo, entonces, estoy enterado yo de eso? Usted no me lo dijo ni el juez Owen tampoco. Y mucho menos el propio Richarson. Interrógueme al respecto. Y otra cosa, sargento Kane; ¿cómo también estaba *mistress* Warren en ese motel, y cómo consta allí el nombre

de Richarson, el de una supuesta esposa de éste, sin nombre alguno? Si no era *mistress* Warren, ¿quién entonces?

—Eso es algo que no sé, pero sigo diciendo exactamente lo mismo. Ella, *mistress* Carol Warren, no pudo decirle eso. No, porque ella no fue la mujer.

—¿Cómo está tan seguro de eso, sargento?

—No estoy seguro de nada; es decir, sólo de una cosa, y de la cual lo estamos todos; del asesinato de Mary Anne Perkins. Por otra parte, Merrill, apuesto lo que quiera a que si en verdad interrogó a *mistress* Warren, si ella ciertamente también le habló de todo esto, de lo que me ha dicho a mi usted, niega ser esa mujer.

—Efectivamente, pero puede mentir, por razones que usted, lo mismo que yo, sabemos. Además hay un coche, un «Ford Cortina», convertible, con placas correspondientes al estado de Connecticut, un coche que ella conducía, pero que allí se alquiló con nombre de un hombre; nombre que no corresponde tampoco a la realidad, por supuesto y también puede decir la verdad. En otras palabras, que no fuera ella la mujer, ni tampoco Richarson el hombre del motel, a pesar de que su nombre consta en el registro.

—No entiendo muy bien eso, Merrill —repuso el policía—. ¿Por qué no trata de explicarse mejor?

—Puede que si fuesen, como cosa lógica, un hombre y una mujer, conocidos de sobra en Yonkers. Puede asimismo que Mary Anne tuviera una cita con alguien, que pudo ser el propio Richarson, en aquel mismo motel, y puede también que tal vez por otra mujer, enfrascado con ella, Richarson se entretuviese más de la cuenta, que ella, Mary Anne, llegara antes al motel, sorprendiera a la pareja, que se asustó, y por cerrar su boca, la eliminaran asesinandola horas más tarde, o días más tarde. Eso se sabrá al final, si es que en verdad llegamos a este final alguna vez.

—Esa teoría suya, Merrill, es interesante, pero desgraciadamente, no nos sirve de mucho.

—Sí, lo sé —respondí—. No es nada más que eso, sargento, una simple teoría sin consistencia alguna, pues carecemos de prueba alguna en qué basarla, en qué apoyarla. Una teoría que también deja una incógnita más al aire.

—¿Otra...?

Había sorpresa en su voz.

—Así es —dije—. La identidad del otro hombre.

Se detuvo en seco, lo hice a mi vez, y nos miramos.

—¿Qué otro hombre? —quiso saber.

—Si *mistress* Warren no pasó la noche con nadie en el motel, si en fin Richarson mintió al declarar lo contrario, si es cierto que ella no sabe que la implicó éste en su declaración, queda la posibilidad de que fuera otro hombre el que estuviese allí, también con otra mujer. Búsquelos, Kane, y tal vez encuentre así, de este modo, el hilo de la madeja.

No esperé respuesta, di media vuelta sobre mis talones y me alejé en sentido opuesto.

La casa de Richarson estaba vacía, por lo que encaminé mis pasos en otra dirección, en la única que cabía en aquel momento.

Pulsé el botón del zumbador, un par de veces, y ella me abrió la puerta.

Pero no de par en par, como hubiera sido lo correcto, dado que ya nos conocíamos, de que fue precisamente quien vino a buscarme a Nueva York, sino que se mantuvo con el brazo en alto y una mano, la izquierda, apoyada en el marco.

Su combinación, la única prenda que llevaba puesta, era de nylon azul cielo.

—Hola, Dick —saludó—. Recién acabo de levantarme de la cama, cuando has llamado.

Iba a salir ahora y si no es muy importante...

—Lo es —respondí—, ¿puedo pasar?

—Por favor, ahora no. Tengo que vestirme, ¿comprendes?

No dije nada, di media vuelta, saludando con la mano, cerró a mi espalda, y caminé calle abajo hacia la próxima esquina que rodeé. Y rodeé asimismo la manzana para desembocar luego al otro lado, a menos de cinco yardas de la puerta que minutos antes abandonara, dejando tras la hoja de madera a una bella mujer en combinación.

Encendí allí un cigarrillo, dispuesto a esperar.

Fue bastante, ya que pasó un cuarto de hora, luego veinte minutos, y más tarde media hora; entonces la puerta se abrió, dando paso a alguien.

Pero no era Ruth MacAllyson sino el alcalde Warren.

Warren, que miró a ambos lados de la calle, ocultándome yo a

tiempo de no ser visto, y después caminé en su seguimiento.

No fue mucho; hasta un pequeño parque infantil que empezó a atravesar.

Entonces dije, ya casi a su espalda:

—Me gustaría hablar con usted, míster Warren.

Se detuvo en seco dándome la impresión de que había tropezado contra un muro, invisible muro de cemento o granito, y luego se volvió a mearme:

—¡Usted! —exclamó—. ¿Qué quiere?

—Sencillamente, hablar con usted —dije. Señalé uno de los bancos de madera del parque—. ¿Nos sentamos?

Dudó bastante, hasta que de un modo repentino, asintió con un seco movimiento de cabeza.

Ya el uno junto al otro, Warren rompió el silencio:

—¿Y bien, Merrill...? —preguntó—. Supongo que me vio salir de la casa de *miss* MacAllyson.

—Sí, así es, pero...

No me dejó terminar.

—No es lo que supone; no, ni mucho menos. Fui porque tenía que hablar con ella.

Llegué justo cuando empezaba a levantarse y... al instante llamó usted y...

Se interrumpió ante el gesto que hice.

—Eso, alcalde, es algo que no me importa. Sus relaciones más o menos íntimas con tal o cual mujer, son cosa suya y no mía.

—En ese caso, Merrill, ¿para qué...?

—Para hacerle una pregunta, o varias, según sea su primera respuesta —lo hice antes de que lograra interrumpirme—. Dígame, míster Warren, ¿era usted el hombre del motel y *miss* MacAllyson la mujer, o era Richarson?

—Richarson pudo ser el hombre —respondió—, y mi esposa la mujer —me miró de hito en hito y añadió en vista de que yo no decía nada—: Nunca me llevé bien con Carol... o hablando correctamente, con la verdad, diré que jamás nos llevamos bien ambos. El hombre pudo ser Richarson, Meredith o cualquier otro. También pudo ser Kane. Ese policía intimaba bastante con Carol, así como con Mary Anne. También, y si digo la verdad de lo que pienso, tampoco pudo ser ninguno de ellos.

—¿Sabe que Richarson afirma que fue *mistress* Warren la que...?

—Es secreto del sumario, pero como alcalde, y en forma particular, alguien me dijo lo que estaba ocurriendo con Carol luego de ese asesinato. Que la estaban utilizando como coartada.

—¿Habló con ella?

—¿Con quién, con mi esposa? —Y él mismo se dio la respuesta —. Por supuesto que no. Usted, Merrill, de encontrarse en mi lugar, tampoco lo hubiera hecho.

—¿Está enterada ella, que usted sepa, que la involucró Richarson en esto, si es que efectivamente no declaró la verdad a la policía?

—Eso es algo que tampoco sé, Merrill. En cuanto a mis relaciones con *miss* MacAllyson...

—A eso ya le respondí antes, míster Warren —le interrumpí de nuevo—. No vine aquí para sacar los trapos más o menos sucios de toda la comunidad de Yonkers, sino la de unos pocos, los de las personas que de un modo u otro convivieron más o menos con Mary Anne Perkins.

—El caso es, que una de esas personas soy yo mismo.

Es decir —volvió a rectificarse—. Somos Carol y yo.

Se puso en pie, abandonando el banco y le imité, por lo que quedamos frente a frente, observándonos en silencio, hasta que lo rompió él con una pregunta más:

—¿Eso es todo, Merrill?

—No. Una pregunta, otra, y basta.

—¿Y bien...?

—La noche en que mataron a Mary Anne, ¿dónde se encontraba *mistress* Warren? —No lo sé— afirmó secamente. —Desde luego, que yo sepa, no en la casa. Como ve, la dama del motel muy bien pudo ser ella; muy bien pudo también Richarson, al mencionarla a la policía, decir la verdad.

No respondí; le volví la espalda y me alejé de él por entre los árboles del pequeño pero agradable parque, sin volver ni una vez la cabeza hacia atrás.

Sus palabras me habían dado materia para pensar.

CAPÍTULO X

Una doncella de cofia blanca, joven, abrió la puerta de la quinta ante mi llamada.

—¿Sí...?

—Me llamo Merrill y quiero ver a *mistress* Warren —indiqué.

—*Mistress* Warren no suele recibir a nadie en la casa —fue la rápida respuesta que obtuve de ella—. ¿Está usted citado?

—Dígale —corté un tanto secamente—, que Merrill quiere verla. Será suficiente.

Vaciló un poco y luego, sin responder, cerró la puerta delante de mi cara y esperé. No podía hacer desde luego otra cosa, y esperé.

Fueron tres o cuatro minutos que se me antojaron largos y pesados, al cabo de los cuales volvió a abrir, diciendo:

—Le ruego me disculpe, míster Merrill. *Mistress* Warren le recibirá a usted en seguida.

Pase, por favor.

Crucé el umbral, la doncella cerró a nuestra espalda y me condujo al *living-room*.

Una vez allí, indicó el bar situado en uno de los extremos:

—Mientras espera —indicó—, puede servirse una copa si lo desea.

Avancé hacia el bar, en tanto que la doncella se retiraba discretamente y preparé un par de *whiskys* con hielo.

Recién terminaba cuando la oí entrar, su grácil taconeó, y con ambos vasos en la mano, me volví a mirarla.

Carol Memphis o Carol Warren no sonreía cuando, extendiendo el brazo, señaló uno de los sillones, pero sí me tuteó:

—Siéntate, Dick —dijo—, y bien venido a mi casa. Supuse que más tarde o más temprano sabrías... Bueno, eso que ahora ya sabes —indicó con un gesto uno de los vasos que llevaba yo en la mano

—. ¿Es para mí? —preguntó.

—Sí —repliqué—. Por supuesto que sí.

Tomé asiento luego de darle el vaso, en uno de los sillones, mientras ella lo hacía en el sofá.

—¿A qué has venido? —inquirió, llevandoselo a los labios.

—A hacerte una pregunta; la última, Carol.

—¿Respecto al motel?

—Sí, así es.

—¿Y...?

—Tú ibas allí frecuentemente, ¿verdad?

—No frecuentemente —me contradijo—. Pongamos que iba alguna vez que otra. ¿Por qué?

—¿Viste alguna vez a Mary Anne rondando por allí?

—¿Rondando...? No creo que sea ésa la palabra adecuada —me respondió—. Creo más bien, con exactitud, que la verdadera frase sería decir que ella también iba de vez en cuando, aunque sólo a cenar. Luego regresaba a Yonkers.

—¿Acompañada?

—Desde luego, sí.

—¿Richarson?

—La mayoría de las veces, sí.

—¿Y las otras...?

—La vi una sola vez con el sargento Kane.

Y recordé que el juez Owen también me dijo que el policía intimaba de un modo u otro con ella, con Mary Anne Perkins.

—Dime una cosa, Carol —replicó—, ¿te encontrabas tú en el motel la noche que la mataron?

—Sí. Por lo menos, eso es lo que creo.

—¿Y antes...?

—Explica esa pregunta, Dick, no la entiendo del todo.

—Me refiero a un par de noches antes de su asesinato; o una noche tan sólo antes.

Respóndeme, ¿quieres?

—No, Dick. Hacía por lo menos un mes que no iba por allí.

No respondí a aquello, sabiendo que era muy fácil averiguarlo mediante el libro registro del motel, si es que ella no dio en su momento un nombre falso.

—Correcto, Carol —contesté—. Y ahora, la noche del crimen,

¿quién era el hombre? El que estaba contigo. ¿Richarson tal vez?

—Esa pregunta ya me la...

—Lo sé —corté fríamente—; ya lo sé, pero ahora quiero el nombre. Vamos, Carol, ¿era Richarson?

—Ya te dije que no. Richarson es amigo mío, lo era ya de mucho antes, pero jamás llegamos a un extremo como ése. Mary Anne me lo impedía. Yo también quería a esa muchacha, que al decir de todos, y no se equivocaban, era adorable. Sencillamente adorable, Dick.

—Lo que no me dice...

—No, no te lo dice... y no te lo diré hasta el momento oportuno, si es que ese momento llega algún día a producirse.

—¿Ni estando tú involucrada en el sumario de su muerte; de la muerte de Mary Anne?

—¿Qué tratas de insinuar?

—Creí que ya lo sabías.

—¿Sí...? ¿Y qué es lo que tengo que saber, según tú?

—Tu nombre, como la mujer que sirve de coartada a Richarson, está en ese sumario. La policía lo sabe, lo sabe también tu marido, y el juez Owen. Y ahora lo sé yo. Richarson declaró cuando fue detenido como sospechoso ideal en ese asesinato, que se encontraba contigo en el motel.

Se puso Carol en pie de un salto, y parte del licor del vaso que llevaba en la mano se derramó sobre la larga falda que llevaba, pero ni siquiera, en su excitación del momento, se dio cuenta del hecho.

—¡Eso es mentira, Dick! —exclamó—. Aquella noche, ni la de antes, ni siquiera vi a Richarson. Mintió a la policía si declaró eso. El... tuvo que matarla, ¿comprendes, Dick? Lo hizo, y luego puso mi nombre para salvar su cuello.

—¿Por qué tenía que obrar así?

—¿Es que no lo comprendes? Tuvo un motivo poderoso. El librarse de ir a la silla por el momento. Sabía que la policía no diría nada hasta la encuesta a causa de..., de... del cargo que mi esposo ocupa en Yonkers. Que antes de actuar, de llamarme a declarar, irían reuniendo todas y cuantas pruebas hubiera en mi contra o en la suya... o desviaría la atención de la policía hacia otros sospechosos, con lo que a él le daba un respiro de días, de horas, y quizá de semanas. Luego... incluso esperaba que..., que alguien

fuera acusado del crimen que él sólo cometió.

—Eso es un albur, Carol, y tú lo sabes.

—Sí, lo es, a no ser que..., que... trate de asesinarme a mí más tarde, antes de la encuesta, donde negaré por supuesto todo lo que él dice.

—Y ah hacerlo te verás en un aprieto, Carol; en el de tener que decir quién era el hombre que aquella noche estaba contigo.

—Pude estar sola, ¿no?

—Sí, cierto, pero no es así. En el libro registro consta lo contrario, aunque sea con nombre supuesto.

—En ese caso, Dick, lo declararé allí, si antes tú y la policía no hacéis algo para... encerrar de una vez a Richarson en prisión, convicto y confeso de ese crimen.

Me puse en pie y sus ojos se agrandaron un tanto.

—¿Ya te marchas?

—Sí, así es. Espero que luego no tengas jamás que arrepentirte de lo de ahora.

No me respondió hasta que llegué a la puerta e hice intención de abrir.

—No hubo hombre alguno, Dick —afirmó—. Es decir, jamás lo ha habido, a pesar de lo que míster Warren diga de mí. No, hasta que tropecé contigo.

Soltando el tirador me volví a mirarla.

No sonreía, pero sus ojos eran luminosos; luminosos como nunca lo habían sido.

—Siendo así, ¿por qué entonces toda esta sarta de mentiras? —indagué.

—Estuve en el motel, eso es cierto —replicó—, pero sola. Siempre fui sola.

—Es una costumbre muy extraña.

—Extraña o no, es cierto. No hubo hombre alguno aquella noche ni ninguna otra. Fui, sí, tratando de averiguar algo.

—¿Y es...?

—Te estás burlando de mí, Dick, pero a pesar de todo, de tu incredulidad de ahora, te lo diré. Estaba tratando de averiguar quién era el hombre y la mujer que abandonaban de vez en cuando Yonkers e iban a aquel motel, lejos de la ciudad, fuera de la demarcación de la policía local.

—Sí es cierto, la noche en que la mataron, en que asesinaron a esa muchacha, ¿dónde te encontrabas tú?

—En el motel, sola. El encargado de recepción puede ser en un caso dado, un buen testigo.

—¿Y qué estabas haciendo allí? ¿Esperando a alguien?

—Por supuesto que sí. A una mujer y un hombre, como ya te he dicho. Si estuvieron o no, no lo sé. Quiero decir, que ya era demasiado tarde para continuar esperando y me fui a dormir. Luego, cuando me enteré de la muerte de Mary Anne, continué yendo.

—Tu marido dijo...

—Supongo lo que te diría, lo que dirá a todo el mundo, a causa de Kane. ¿Sabes? Ese sargento lleva detrás mío meses enteros. Hemos ido al motel, pero lo mismo que de vez en cuando hacía Mary Anne, sólo cenábamos y luego regresábamos a casa.

—¿Qué hay del «Ford Cortina»?

—Lo alquiló el sargento Kane para ponerlo a mi servicio. Ambos sabíamos o queríamos averiguar qué hacía míster Warren alguna vez que otra.

—¿Os vio alguna vez juntos a ambos Mary Anne?

—No, nunca que yo sepa. Y la última noche que la vi, sola completamente, sin que ella me viera a mí, fue veinticuatro horas antes de que la asesinaran.

No vacilé ahora tampoco para formular la siguiente pregunta:

—Según tú, ¿quién puede ser la mujer que acompañaba a tu marido de vez en cuando, Carol?

—No lo he podido averiguar por mucho que he ido a ese motel, y eso también es verdad.

Siguió un pequeño silencio que rompí al cabo de unos segundos:

—Si ahora me estás diciendo la verdad —dije—, ¿cómo explicas que Richarson te involucrara con su declaración?

—La explicación ya te la di.

—No es lógica; carece, asimismo, de sentido.

—Lo sé, Dick, pero mal que me pese a mí misma, no tengo otra.

—Dime, Carol, ¿cuándo empezaste a sospechar de la doble vida de míster Warren?

—Kane me contó todo lo ocurrido, sin omitir la declaración de Richarson.

Fruncí el ceño, estuve a punto de maldecir y, finalmente, abrí la puerta de un tirón y traté de salir, pero ella me sujetó antes de un brazo. —Espera, Dick— dijo, suavemente—. Te he mentido.

—¿Ah, sí?

—Sí, claro, pero no en todo. He ido al motel, es cierto, pero no lo hice hasta después de que Kane alquilara para mí ese «Ford Cortina». Fue Kane, asimismo, el que me telefoneó aquella tarde diciendo que mi marido y tú habíais tomado esta dirección, es decir, la dirección del motel; él también recogió el coche en la gasolinera, y no Richarson como te dije. No lo hice hasta que me enteré de la muerte de Mary Anne y de la declaración de Richarson. Tanto el sargento Kane como yo sabíamos que era una mentira y... y fui al motel por si lograba descubrir algo... y luego apareciste tú. Ésta es la verdad. —Buenas tardes, Carol— fue lo que respondí.

Salí, y hasta mis oídos, mientras sin acompañamiento de doncella, ahora atravesaba el vestíbulo hacia la puerta que daba acceso al exterior, llegaban parte de sus palabras:

—Ruth MacAllyson puede que...

Llegué a la acera, pensando en Sheila y en Richarson. El, Richarson, era la clave de todo, o tal vez el propio Kane. El sargento estaba enamorado de Carol Warren, según la propia confesión de ella, había roto el secreto del sumario y también había podido romper una vida: la vida de Mary Anne. Podía, asimismo, haber roto algunas cosas más; podía incluso no haber roto nada.

CAPÍTULO XI

Kane también había intimado bastante con Mary Anne, según las palabras del juez Owen, según las palabras de todos cuando hablaron conmigo de ella. Recordaba, mientras continuaba andando, la conversación sostenida en el parque infantil con el alcalde Warren y las palabras de éste en contra de Carol, de su propia esposa.

Alguien estaba mintiendo como ya mintiera Richarson al principio de todo cuando fue detenido por la policía en relación con el crimen, mintió por un motivo que nadie sabía; las palabras de Ruth al respecto eran vanas; no eran ni más ni menos que el deseo de justificarse ella; o tal vez expresaban su verdad, pero nada más. Su verdad, pero no la verdad de Richarson y Mary Anne, la mujer con la cual pensaba casarse a decir de todos, y a pesar de sus continuas infidelidades con una o varias mujeres más.

¿La propia Ruth, otra vez? ¿Sheila y quizá Carol Warren?

Y por último, ¿quién era el hombre y la mujer que solían de vez en cuando frecuentar aquel motel?

Mary Anne pudo muy bien, aquella noche, cuando Ruth decía que la vio completamente sola, esperar a su amante, a Richarson su prometido, y en el entreacto vio algo que no quiso el sorprendido, el que fuera, que trascendiera, y a la menor ocasión la mató para cerrar su boca.

Richarson intimaba con ella, con Mary Anne, y fue detenido. Mintió para salvar su pellejo, tal vez para concederse a sí mismo un respiro, pequeño por supuesto, pero respiro al fin, tratando entretanto de descubrir por sí mismo algo que hiciera cambiar el parecer de la policía.

Kane tenía amistad con Carol Warren, tenía cierta amistad con el juez Owen, como funcionario de la ley que era, y la llamó para explicárselo todo, para preguntarle si era verdad que ella fue la

mujer que pasó la noche en el motel con Richarson.

Carol negó, quizá porque estaba diciendo la verdad, y aquello en mi mente planteaba un nuevo problema. El nombre de Richarson constaba en el libro registro del motel, pero no el de la dama que le acompañó.

Carol, por su parte, también fue allí, inscribiéndose con su nombre de soltera; con el nombre de Carol Memphis. Y también un hombre; otro hombre y una mujer que sólo podían ser una ficción, pues el hombre podía ser el propio Richarson y la mujer... Ruth u otra cualquiera, incluso Sheila.

Dejé de pensar en todo aquello, haciendo un esfuerzo, cuando alcancé el edificio del Blue Bar, por la puerta de atrás; una puertecilla de madera, con un cerrojo interior que no estaba corrido, y una cerradura sencilla que no tuve que forzar, pues la puerta estaba simplemente entornada, por lo que la empujé, cruzando luego el umbral.

Meredith estaba en la trastienda, frente a un vaso de *whisky*, teniendo a Sheila entre los brazos.

Los labios unidos, abrazados estrechamente, y me detuve en seco, pero ellos ya me habían oído, pues se separaron violentamente.

En los ojos de la muchacha había, cuando me miró, algo que no supe cómo definir, pero no pronunció una sola palabra. Se limitó, sí, a desprenderse de las manos que aprisionaban sus caderas y a apartarse un poco cuando ya Meredith se estaba incorporando del sillón que ocupaba:

—¡Usted! —exclamó—. ¿Puedo saber a qué ha venido?

La verdad es que ni yo mismo lo sabía, por lo menos con seguridad.

—¿Por dónde ha entrado?

Señalé hacia atrás por encima de mi hombro.

—Pasaba por esa calleja que hay ahí detrás, y vi la puerta posterior abierta. Entonces entré, sin saber por qué lo hice —respondí—. Siento haberle interrumpido.

Fue Sheila la que intervino ahora, sin dar tiempo a que Meredith lo hiciera.

—Estás pensando, Dick, en algo que sólo existe en tu imaginación —dijo.

No respondí, ni añadió ella nada más a lo dicho.

Lo hizo Meredith.

—Escuche, Merrill, si no tiene nada que decirme, váyase; y si quiere en su defecto tomar algo, la puerta del bar está en la calle principal.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Fue lo que contesté.

—Por supuesto. Pero sea breve; Sheila y yo tenemos que hablar de algo importante.

Pasé por alto aquello, que nada me decía por el momento, que no me importaba en absoluto, también en aquel momento, o en otro cualquiera.

—Estoy buscando a Richarson, ¿le ha visto?

Miró de soslayo a Sheila, que se mantenía en silencio y apartada y respondió:

—No, como no sea que esté en el bar. —La miró, preguntando ya—: ¿Le has visto tú, Sheila?

—No. Por lo menos desde anoche, ya bastante tarde.

—Ya ha oído eso, Merrill —añadió Meredith—. Ahora, si no quiere otra co...

Le interrumpí.

—¿Conoce a Ruth MacAllyson?

—Todo el mundo en Yonkers conoce a esa muchacha.

—Dígame una cosa, ¿la ha visto con alguien por aquí? Un hombre, por supuesto —aclaré.

—Conoce a varios. El sargento Kane, el alcalde, el propio Richarson. ¿Por qué? Sin responder a su pregunta, formulé otra:

—¿Algún amigo íntimo, si me entiende?

—Lo entiendo perfectamente, Merrill, y la respuesta es no. Incluso yo he salido con ella, y en el bar nos hemos sentado juntos, pero nada más. Supongo que con los otros sería exactamente igual. Ruth no es del tipo de mujeres como... como...

—¿Sheila, por ejemplo? —pregunté al ver que se detenía.

—¡Dick!

No tuve tiempo de contestar, porque en aquel momento el timbre del teléfono nos interrumpió, quizá sobresaltándonos un poco.

Vi cómo Meredith miraba a Sheila, y cómo ésta, interpretando debidamente su mirada, se acercaba al teléfono, tomaba el auricular

y se lo llevaba al oído.

—Blue Bar, ¿dígame?

Escuchó durante unos segundos, y luego, expresando en sus ojos y en su rostro tanta sorpresa como curiosidad, dijo mirándome:

—Es para ti, Dick. La policía.

Un tanto sorprendido tomé el auricular de su mano y pregunté:

—Soy Merrill, ¿dígame?

Era el sargento Kane.

—Encontramos a Richarson hace apenas media hora, Merrill. Con dos balazos en el pecho. No ha muerto aún, pero su estado es crítico. Si quiere verle, por si logramos que diga algo, se encuentra en el Center Yonkers. En la Washington Avenue.

—¿Viene usted a recogerme, Kane, o voy directamente al precinto?

—Venga usted, le estaré esperando con un patrullero en la puerta.

Cortó la comunicación, deposité el auricular sobre su soporte y miré a Meredith.

—¿Puedo entrar en el bar por esa puerta? —pregunté—. Tengo que entrevistarme ahora con el sargento Kane, y ése es el camino más corto.

—¿Ocurre algo, Merrill?

Le miré por espacio de unos segundos, y respondí, dando media vuelta para dirigirme luego hacia la indicada puerta:

—Han intentado asesinar a Richarson, de dos tiros en el pecho. Está grave. Y eso es todo, por el momento.

Crucé el umbral, rodeé el mostrador del bar que se interponía en el camino, y por entre las mesas avancé hacia la puerta encristalada de acceso a la calle, sin averiguar siquiera si alguno de ellos, Sheila o Meredith, me habían seguido hasta allí, y salí fuera.

Caminé de prisa; cuando llegué al precinto, tal y como me anunciara por teléfono Kane, el patrullero estaba junto al bordillo de la acera, con el motor en marcha, y él en su interior.

Abrió una de las portezuelas tan pronto como me vio llegar.

—Suba, Merrill —dijo—. Nos vamos ahora mismo.

Y aquello fue todo lo que hablamos durante el camino hacia la avenida de Jorge Washington.

Entramos más tarde en el centro médico, subimos al ascensor

que nos trasladó a una de las plantas, no recuerdo cuál, y por entre enfermeras, enfermeros, médicos y personal sanitario, todos ellos con batas blancas, cruzamos por varios pasillos, hasta que nos detuvimos en una de las puertas, justo cuando en el umbral aparecía un hombre, con gafas, Semicalvo, con nieve en las sienes, y de unos cuarenta y cinco años de edad; también un tanto grueso.

—El doctor Brennan —dijo Kane, presentándomelo—. Dick Merrill, un detective privado de Nueva York. Nos está ayudando en todo esto, doc.

Nos estrechamos las manos y, finalmente, vino la primera pregunta:

—¿Cómo se encuentra?

—Sigue en coma, sargento —repuso el médico.

—¿Morirá?

—Eso es algo que no podemos decir. Su estado es crítico, y hasta que no pasen unas cuantas horas no habrá seguridad alguna entre su posible retomo a la vida, o su posible muerte. ¿Sabe quién lo hizo, sargento?

Kane lanzóme una fugaz mirada y respondió:

—No, aún no, doc, y si quiere que le diga la verdad, no tengo ni la menor idea de quién y por qué lo hicieron.

El porqué yo sí lo sabía, lo supe desde el momento en que él mismo, por teléfono, me explicó lo que ocurría. Ahora bien, el quién ya era otra cosa.

—¿Quieren verlo?

La pregunta de Brennan cortó el hilo de mis pensamientos encauzándolos por otros caminos, por otros cauces.

El sargento volvió a mirarme y negué con la cabeza.

—No —dije luego—. ¿Para qué? Otra cosa diferente sería si pudiera hablar, si hubiese recobrado el conocimiento. —Miré, a mi vez, a Kane y pregunté—: ¿Registraron sus ropas?

—Sí, y no encontramos nada de interés. Sus papeles, su tarjeta de conducir, unos cuantos billetes de cien dólares, unas cuantas monedas sueltas, y nada más. Como ve, lo usual.

Ladeé el rostro para mirar a Brennan, e inquirí:

—¿Hay alguna posibilidad de que recobre el conocimiento?

—Ésa es una esperanza que jamás pierde un médico, míster Merrill —dijo.

—En ese caso, si no le importa, el sargento y yo podemos entrar ahí, y perder un poco tiempo esperando.

—Pueden hacerlo, sí, pero sin molestarle. Y si lo recobrara, avisen primero a la enfermera y que vaya a buscarme o me llame, pero no traten de forzarle a hablar.

Entramos al fin.

Había en el interior de la habitación, por supuesto, una enfermera. Al fondo la cama, cubierta toda por una especie de mosquitera de lo que me pareció plástico transparente, y en el centro de la cama le vi, con la mascarilla sobre su boca y nariz, notando, asimismo, que no respiraba; mejor dicho, que apenas si respiraba, y al verle algo se removió en mi estómago, algo también estalló en mi mente y procurando contener mis impulsos, mis deseos de aquel momento, lentamente me dejé caer en una silla notando ahora que a mi lado, Kane ya lo había hecho.

El silencio, a medida que transcurrían los segundos, se hizo impresionante; luego perdí la noción de todo cuanto me rodeaba; de todo, excepto de mis pensamientos.

Finalmente, cuando me puse en pie, las primeras estrellas se veían brillar a través de los cristales de la ventana. Me acerqué entonces a Kane.

—Estoy cansado —dije en un susurro.

—Lo que quiere decir que se marcha. Siendo así, si le necesito, ¿dónde podré encontrarle?

Pensé en Sheila, pensé en Ruth, y respondí:

—En el hotel, o en el Blue Bar, sargento.

No tuvo nada que objetar; al parecer, Kane pensaba que después de todo, él era el policía, él era a su vez el jefe de la policía de Yonkers, y yo sólo un simple aficionado, un intruso también, que si estaba allí, era porque su merced me toleraba; nada más que gracias a su tolerancia me encontraba en el hospital, y dentro de aquel caso.

Salí a la calle pocos minutos más tarde.

Tomé la dirección de la casa de Ruth; deseaba despedirme de ella, pero antes también quería hablar un poco, cambiar impresiones, hacerle, en fin, un par o tres de preguntas. Las últimas.

Sabía positivamente quién era el asesino, los motivos por los que había matado a Mary Anne, y los motivos también por los que había

tratado de eliminar a Richarson, casi con éxito.

Ahora, lo que me faltaba por saber, es si Ruth MacAllyson lo sabía también.

Ella misma me abrió la puerta de acceso a su casa, tan pronto como pulsé el botón del zumbador, quedando a poco enmarcada en el umbral.

No llevaba ahora combinación alguna, sino una simple blusa y unos *shorts*, y su rostro expresaba sorpresa; la misma sorpresa que expresó hacía unas horas cuando casi me dio con la puerta en las narices, y como la vez anterior, tampoco me cedía el paso, tampoco se apartaba de la puerta para dejarme pasar, ni decía nada; sólo esperaba.

—Quiero hablar contigo, Ruth —dije, deseando cortar aquella situación cuanto antes.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Tan... tan importante es?

—Casi mataron a Richarson —respondí, brutalmente—. Y éste era amigo tuyo, como asimismo lo era de Mary Anne, y a ella también la mataron. ¿Recuerdas? Arqueó una ceja y palideció.

—¡Dick!

—¿Hablamos aquí, o me dejas pasar?

—Es que... es que... —Vaciló un poco, y añadió luego casi a tropezones—: No estoy sola, ¿sabes?

—Sí, claro, ya lo sé, y si puede ser, también quiero hablar con él.

—Que tú... que tú... ¡Pero, Dick!

—Vamos, muchacha, dile al alcalde Warren que deseo hablar con él. Es decir, quiero hablar con los dos a un mismo tiempo. ¿Puedo pasar, o es necesario aquí la presencia de la policía? —Pero... pero...

Se apartó de un modo repentino de la puerta, extendió el brazo derecho señalando el interior de la casa, y añadió:

—Pasa, Dick, si es tu deseo.

Lo hice cruzando el umbral por delante de ella.

CAPÍTULO XII

Warren estaba allí, sentado en uno de los sillones, teniendo al alcance de su mano un vaso de *whisky*, que formaban dos con el vaso perteneciente a Ruth, ambos sobre una mesita.

No se levantó al verme, no sonrió, pero sus músculos faciales se tensaron un poco.

—Hola, Warren —saludé, sentándome en otro de los sillones, cuando ya Ruth se le estaba acercando, para detenerse en seco, como si mis palabras le hubiesen anunciado algo desagradable—. Volvemos a vemos.

—Sí, por lo visto es así. ¿Me buscaba a mí, o era a *miss* MacAllyson?

Saqué el paquete de cigarrillos, encendí uno, y respondí luego de lanzar al techo sendos anillos de humo:

—¿Usted qué cree, míster Warren?

Me sonrió; nunca supe cómo logró hacerlo, pero me dedicó una sonrisa, tal vez un tanto mecánica, pero sonrisa al fin.

—Sí, es lo que sospeché tan pronto como le oí hablar con Ruth en la puerta. ¿Trajo a la policía, Merrill?

—¿Policía? —La voz de Ruth era ronca—. ¿Por qué a la policía?

Fue el propio Warren el que respondió, con espantosa claridad:

—Yo maté a Mary Anne, y Merrill lo sabe, Ruth.

—¿Que tú...?

Se movió un tanto inquieto en el sillón y hundí materialmente la mano en la funda sobaquera, pero en contra de lo que se podía esperar, no era ése el deseo de Warren.

—Sí, así es. Y en parte fue por causa tuya, Ruth. ¿Recuerdas la noche en que detuvimos el coche junto al motel, en cuyo interior permanecimos un buen rato? Sí, claro que lo recuerdas; Mary Anne también lo recordó. Aquella noche, tú estabas solo pendiente de mí y de nada más, cosa que siempre te agradecí, que te sigo

agradeciendo ahora, y por eso, cuando abandonamos el coche para ir a la cabaña que habíamos alquilado, la vi a ella. Y cometí un error, Ruth, el de ir al juzgado, el de esperarla a la salida, para invitarla a tomar una copa. Aceptó, desde luego y... Bueno, hablamos y me confesó que nos había visto, y que aunque tú eras de naturaleza reservada, aunque a ella no le habías hablado nunca de tus intimidades con nadie, siempre sospechó que había un hombre en tu vida; y siempre deseó también conocerle, saber tus gustos al respecto; curiosidad de mujer simplemente, lo llamó a eso la propia Mary Anne. Ahora lo sabía, conocía asimismo a Richarson con el que frecuentaba de vez en cuando el motel, sólo por unas horas. Para cenar y bailar de vez en cuando, fuera de Yonkers, buscando una poca de paz luego de una o varias jornadas de trabajo, y con el que pensaba casarse. Conocía a Carol, ¿comprendes? Dijo que necesitaba unos dólares, pocos, pero sí los suficientes para montar su propio apartamento, un apartamento que iba a compartir con Richarson... Era amiga del sargento Kane, amiga del mismo modo del juez Owen para el cual trabajaba... y dijo que tenía una bonita historia que contar en Yonkers. Warren, alcalde de la ciudad, puritano, amigo de lo justo, de lo ético, siempre tildado de honesto, de todo cuanto de leal, honrado y bueno puede tener un hombre, resultaba ahora que tenía una querida, una amiga íntima, a despecho de su propio yo, de sus propias convicciones, de todo lo que predicaba en sus discursos. Su precio eran cincuenta de los grandes en billetes pequeños, y accedí. Nos citamos para dos días más tarde, y, la maté desde mi propio coche. Luego regresé a Yonkers, y Richarson, que casi siempre discutía con ella, fue detenido. Quizá sospechara algo al respecto, tal vez no, pero fuese lo que fuera, declaró algo que no era cierto. Luego empezó a rondar al motel, por lo que me di cuenta de que buscaba algo, de que había mentido respecto a Carol por el simple hecho de que trataba de establecer la identidad del hombre, de la pareja que frecuentaba el motel de vez en cuando, o en su defecto porque antes de morir, Mary Anne pudo contarle algo; por ejemplo, que nos había visto a Ruth y a mí, una noche, en el interior de mi coche. Por otra parte, Carol, mi esposa, por mediación de Kane, se había enterado de que algo no marchaba bien, y también empezaba a obrar por su cuenta, yendo a un motel el cual no había pisado jamás.

—¿En cuanto a Richarson...?

—Seguía de cerca mis pasos. Tal vez dije o hice algo que levantó sus sospechas, pero lo cierto es que ayer estuvo en el garaje donde llevo siempre mi coche y estuvo haciendo preguntas respecto al mismo... Gasolina gastada, millas recorridas... y le maté o intenté matarlo por eso. —Hizo una pausa y me presunto, mientras que lentamente, como un autómatas, Ruth se iba acercando al teléfono, y sin darme tiempo a responder—: ¿Cómo sospeché de mí?

—Fue cuando le vi salir de aquí, hace apenas un día; cuando antes Ruth no me dejó entrar y le esperé en la calle, ¿recuerda? Hablamos y me contó una sarta de mentiras respecto a su esposa. Era algo así como una cortina de humo tras al cual quisiera ocultar a alguien; un alguien que podía ser usted, que era usted. Luego recordé que me llevó al motel directamente la primera vez que hablamos. ¿Lo recuerda también? Y finalmente, el intento de asesinato contra Richarson..., amigo o prometido de Mary Anne. Usted era, pues, el hombre del motel y la mujer podía ser... Recordé algunas palabras sueltas, dichas aquí y allá, con respecto a su amistad con Ruth. Si descartaba a Sheila..., el resultado era sorprendente.

Hubo un silencio, muy pequeño, que Ruth cortó.

—¿Y tú... tú... me dejaste ir a Nueva York en busca de... de...?

Respondió Warren sin mirarla, pero consciente de que ella ya tenía el auricular en la mano, consciente, asimismo, de que iba a llamar a la policía.

—No tenía alternativa; o dejarte hacer, obrar por tu cuenta, o matarte también. Dejándote a tus anchas, podía ocurrir que tanto el detective que contrataras como la policía local, culparan a Richarson de asesinato, pero me equivoqué.

Ella, Ruth, estaba marcando ya el número de la policía; en el sillón, frío, hermético, como yo jamás sospeché que llegara a estarlo, inmóvil, Warren esperaba.

Detuve el coche que alquilara junto al bordillo de la acera, descendí, crucé la acera hacia la puerta, allí, gonzúa en mano, miré a mi alrededor. No se veía un solo policía por lo que me franqueé el paso, fui a su habitación, tomé asimismo una de las maletas, la llené con parte de sus ropas, con las que pude, sin preocuparme ni poco ni mucho de las que cogía, me senté luego sobre la tapa para

poderla cerrar, y abandoné la casa utilizando el mismo procedimiento, y entré en el coche, lanzando la maleta a su parte trasera, sobre el asiento trasero.

Lo puse en marcha y conduje durante unos minutos al cabo de los cuales volví a detenerlo.

Entré allí, y miré a mi alrededor. Luego, decidido ya, di unos cuantos pasos y la prendí por un brazo.

Me miró agrandando mucho los ojos.

—¿Qué...?

No le dejé terminar.

—Vámonos de aquí, muchacha.

—¿Adónde con... con esta ropa... con estos... estos *pantys*...?

—Sube a la parte de atrás del coche, y conduciré mientras te cambias. Luego puedes venir a mi lado. Más tarde... llevo una pistola y puedo sacar a algún juez cargante de la cama para que nos case... Es una desgracia como otra cualquiera, pero algo hay que hacer contigo, ¿verdad?

Sheila no me respondió.

Pero pasó a la trasera del coche y empecé a conducir en silencio camino ya de Nueva York, pensando entre otras cosas en Richarson, que finalmente saldría de aquello.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



